



Documento de Trabajo
Cuadernos de Docencia
Número 1 / 2007

Eclesiología y Revelación
Entre lo humano y lo divino

Manuel Martínez Ortega

CEU Ediciones

Documento de Trabajo
Cuadernos de Docencia
Número 1 / 2007

Eclesiología y Revelación
Entre lo humano y lo divino

Manuel Martínez Ortega

CEU Ediciones

ESPERANZA 2000 es un programa de formación para **jóvenes católicos** que pretende ampliar los saberes de los alumnos matriculados y prepararlos para el apostolado en la vida pública. Durante su etapa formativa, los jóvenes inscritos tienen a su disposición una serie de **manuales** que corresponden a las asignaturas que cursan, y que están elaborados por **profesores de reconocido prestigio y sacerdotes vinculados a la ACdP**.

Los *Cuadernos de Docencia*, que aquí publicamos pretenden ser una herramienta docente para formar a los alumnos matriculados en el programa. Además, aspiran a ser instrumentos apostólicos para defender a la Iglesia y su mensaje evangélico en todos los ámbitos de la vida pública. Estos manuales son un apoyo a los contenidos de nuestro programa de formación *on line*, alojado en la página web de la ACdP. www.acdp.es

Serie *Cuadernos de Docencia* de Documentos de Trabajo del Programa Esperanza 2000 (ACdP)

Eclesiología y Revelación. Entre lo humano y lo divino

No está permitida la reproducción total o parcial de este trabajo, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Derechos reservados © 2007, por Manuel Martínez Ortega
Derechos reservados © 2007, por Fundación Universitaria San Pablo-CEU

CEU Ediciones
Julián Romea, 18 - 28003 Madrid
<http://www.ceu.es>

Asociación Católica de Propagandistas (ACdP)
Programa Esperanza 2000
Isaac Peral, 58 - 28040 Madrid
<http://www.acdp.es>

ISBN: 978-84-96860-37-7
Depósito legal: M-34409-2007

Compuesto e impreso en el Servicio de Publicaciones de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

Sumario

ECLESIOLOGÍA

1. Introducción a la Eclesiología	5
2. Origen, Fundación y Misión de la Iglesia	6
2.1. Etapas de la fundación de la Iglesia	7
3. El Misterio de la Iglesia	9
4. La Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo	10
4.1. La Iglesia, Pueblo de Dios	10
4.2. La Iglesia, Cuerpo de Cristo	11
4.3. Cristo, Cabeza de este Cuerpo	12
4.4. La Iglesia es la esposa de Cristo	12
4.5. Qué comporta ser Cuerpo Místico	13
4.6. La Iglesia, Templo del Espíritu Santo	13
5. La Iglesia es una, Santa, Católica y Apostólica	14
5.1. La Iglesia es UNA	15
5.2. La Iglesia es SANTA	17
5.3. La Iglesia es CATÓLICA	18
5.4. La Iglesia es APOSTÓLICA	20
6. Constitución Jerárquica de la Iglesia	21
6.1. Razón del ministerio eclesial	21
6.2. Colegio Episcopal y su cabeza, el Papa	22
6.3. La misión de enseñar, de santificar y de gobernar	23
7. María, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia	24
8. Bibliografía	25

Siglas y Abreviaturas

- AAS: *Acta Apostolicae Sedis* (Ciudad del vaticano)
CEC: Catecismo de la Iglesia Católica
MC: *Marialis Cultus* (2 febrero 1974), Exhortación apostólica de Pablo VI: AAS 66 (1974) pp. 144-149.
RM: *Redemptoris Mater* (25 marzo 1987), encíclica de Juan pablo II: AAS 79 (1987), pp.361-433.

Documentos Conciliares

- AG: *Ad Gentes*, decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 1965.
CD: *Christus Dominus*, decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos, del Concilio Vaticano II, 1965.
GS: *Gaudium et Spes*, constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II, 1965.
LG: *Lumen Gentium*, constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 1964.
PO: *Presbyterorum ordinis*, decreto sobre el ministerio y vida de los Presbíteros, del Concilio Vaticano II, 1965.
SC: *Sacrosanctum Concilium*, constitución sobre la sagrada liturgia, del Concilio Vaticano II, 1963.
UR: *Unitatis redintegratio*, decreto sobre el ecumenismo, del Concilio Vaticano II, 1964.

REVELACIÓN

1. Introducción	27
2. Dios revela su designio amoroso	27
3. Etapas de la Revelación	28
4. La Transmisión de la Revelación Divina	30
4.1. La Tradición Apostólica	30
4.2. La relación entre la Tradición y la Sagrada Escritura	30
4.3. La Interpretación del Depósito de la fe	31
5. La Sagrada Escritura	32
5.1. Cristo, palabra única de la Sagrada Escritura	32
5.2. Inspiración y Verdad de la Sagrada Escritura	33
5.3. El Espíritu Santo intérprete de la Escritura	33
5.3.1. El sentido de las Escrituras	34
5.4. Canon de las Escrituras	36
5.4.1. Antiguo Testamento	37
5.4.2. Nuevo Testamento	38
5.4.3. La unidad del A.T y N.T	39
5.5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia	40
6.- La respuesta del hombre a Dios	41
6.1. Algunas características de la fe	42
7.- Resumen de la Dei Verbum	43
8.- Bibliografía	45

Siglas y Abreviaturas

A.T:	Antiguo Testamento
CEC:	Catecismo de la Iglesia Católica
DZ:	E. Dezinger, El Magisterio de la Iglesia, Herder, Barcelona 1963 (3ª re-impresión).
N.T.:	Nuevo Testamento
TMA:	Tertio Millenio Adveniente, encíclica de Juan Pablo II

Documentos Conciliares

DV:	<i>Dei Verbum</i> , constitución dogmática sobre la revelación divina, del Concilio Vaticano II, 1965.
GS:	<i>Gaudium et Spes</i> , constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, del Concilio Vaticano II, 1965.
LG:	<i>Lumen Gentium</i> , constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, 1964.
PO:	<i>Presbyterorum ordinis</i> , decreto sobre el ministerio y vida de los Presbíteros, del Concilio Vaticano II, 1965.
SC:	<i>Sacrosanctum Concilium</i> , constitución sobre la sagrada liturgia, del Concilio Vaticano II, 1963.

ECLESIOLOGÍA

1. Introducción a la Eclesiología

“Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea perfecto” (1 Jn 1, 3)

Podemos oír en nuestra actual sociedad la expresión de *“Yo creo en Jesús pero en la Iglesia no”*. Esto parte de un auténtico desconocimiento de cómo Dios se ha revelado en la Historia hasta quedarse y permanecer entre nosotros. Por ello hemos de arrojar luz a la imagen de la Iglesia en nuestra actual sociedad, en el mundo que nos ha tocado vivir y ser testigos de la luz de Cristo. Arrojadados en una sociedad que valora el tener más que el ser, el éxito, el hedonismo, el nihilismo, el relativismo moral, como si de una nueva Roma se tratara, nosotros, apostamos por el misterio del Amor, por la humillación de Dios hecho hombre en Jesucristo, muerto en cruz y presente entre nosotros, en su Iglesia, mediante el Pan de Vida. Por ello, la Iglesia y su Misterio, no pueden quedar atrapados en el individualismo religioso, en el ámbito de la esfera privada, en la religión que más se adecua a mis intereses post-modernos. La fe ha de vivirse públicamente, como pública es nuestra misión, participando en los areópagos del siglo XXI, en diálogo permanente con la cultura y uniendo en todo momento fe y vida.

El designio salvador de Dios va unido al designio creador de Dios. Dios nos crea como seres sociales y de igual forma nos salva con Él y en Él hemos sido constituidos Pueblo de Dios siendo la voluntad de Dios *“salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”* (LG 9). Por ello el ser de la Iglesia parte, nace, de la COMÚN-UNIÓN con Cristo que manifiesta el amor del Padre y la presencia constante del Espíritu y lo hace en su Iglesia y como Iglesia, como *“convocados”* vivimos *“de la Palabra y del Cuerpo de Cristo y de esta manera viene a ser ella misma Cuerpo de Cristo”* (CEC nº 752). En este sentido la Iglesia obedece al deseo salvífico de Dios, de forma que sea imposible confundirla con una Ong o institución generada por el deseo humano. Por ello la Iglesia, Pueblo de Dios, alejada del esnobismo social y de modas pasajeras, no ha de adaptarse a los tiempos, esto es, ha de hacer que estos, los tiempos y sus medios, sean mejores para todos.

La comprensión de ello nos lleva al Camino del Amor, a la relación profunda con Jesús, y es desde ese Amor desde dónde podemos descubrir, entender, comprender a la Iglesia. Y amar es razonable, es más es nuestro distintivo. En el CEC nº 27 leemos: *“El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre*

ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar:

La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador (GS 19,1).

Eclesiología y Revelación quendan pues entroncadas e insertadas en la Historia, aunque superando la historicidad por su sentido salvífico y revelador. Dios al comunicarse *“gradualmente al hombre, lo prepara por etapas para acoger la revelación sobrenatural que hace de sí mismo y que culmina en la persona y la misión del Verbo encarnado, Jesucristo”* (CEC 53).

2. Origen, Fundación y Misión de la Iglesia

“Id pues y enseñad a todos los pueblos” (Mt 28,19). Jesús confía su misión a la comunidad de creyentes, para hacernos partícipes de la tarea del Reino y de la vida-comunión que existe en Dios. *El mandato misionero del Señor tiene su fuente última en el amor eterno de la Santísima Trinidad: “La Iglesia peregrinante es, por su propia naturaleza, misionera, puesto que tiene su origen en la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo según el plan de Dios Padre”* (AG 2). *El fin último de la misión no es otro que hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor (cf Juan Pablo II, RM 23).* (CEC nº 850).

Nos preguntamos si Jesús quiso o no fundar la Iglesia y con qué fin y es una cuestión de capital importancia. Veremos que la fundación de la Iglesia no nace del deseo expreso de los apóstoles que resignados ante su muerte desean continuar su predicación sobre el Reino, ni tampoco como una necesidad que imperaba en la sociedad de la época, tipo Ong, para dar respuestas de salvación a los hombres o doctrinas soteriológicas sobre el más allá. *“Esto supone ciertamente olvidar, no sólo la pertenencia de Jesús a la historia de salvación del pueblo judío, sino también su propósito de renovar dicho pueblo, de renovar incluso la historia de salvación en su conjunto, profundizándola y ampliándola, creando así lo que conocemos por Iglesia”*¹.

Loisy² en una expresión que hizo famosa, nos dice: *“Jesús anunció el Reino de Dios y vino la Iglesia”*. Se ha mal interpretado sus palabras, pues precisamente quería subrayar que Reino de Dios e Iglesia son realidades estrechamente relacionadas e inseparables como nos dice LG 5: *“El Misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura”*. Jesús inaugura el Reino de Dios iniciando su Iglesia predicando la buena nueva.

La Iglesia y su fundación parte del deseo más íntimo y amoroso de Dios prefigurada en la historia del pueblo de Israel. *“El Padre eterno creó el mundo por una decisión totalmente libre y misteriosa de su sabiduría y bondad. Decidió elevar a los hombres a la participación de la vida divina” a la cual llama a todos los hombres en su Hijo: “Dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia”*. Esta *“familia de Dios” se constituye y se realiza gradualmente a lo largo de las etapas de la historia humana, según las disposiciones del Padre:*

¹ Ratzinger Joseph, *Dios y el Mundo*, Círculo de Lectores, Barcelona 2005, p. 327.

² Loisy Alfred, *L'Évangile et l'Église*, Emile Nourry, 5ª. Ed., París, 1930, p.153.

en efecto, la Iglesia ha sido "prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos" (LG 2) (CEC 759).

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice que: "Estando comiendo con ellos, les encargó que no se alejarán de Jerusalén, sino que esperaran lo prometido por el Padre, lo que me habéis escuchado: que Juan bautizó con agua, vosotros seréis bautizados dentro de poco con Espíritu Santo. Estando ya reunidos le preguntaban: ¿Es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel? Les contestó: No os toca a vosotros saber los tiempos y circunstancias que el Padre ha fijado con su exclusiva autoridad. Pero recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y seréis testigos míos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta el confín del mundo" (Hch 1,4-11). La misión y nacimiento de la Iglesia parten del deseo e iniciativa de Jesús a través de la efusión del Espíritu. Los textos bíblicos son unánimes en esto. No es el sepulcro vacío lo que provoca la fe en el Resucitado y su predicación, sino el encuentro con Jesús Resucitado y la experiencia del Espíritu. Tomás no cree. No es la rabia de la frustración de los discípulos de un rabino ajusticiado inocentemente lo que hace que se arrojen al mundo los Apóstoles con el riesgo de correr la misma suerte que su maestro. Es más, tienen que aguardar la efusión del Espíritu, rompiendo los moldes nacionalistas-mesiánicos de la época - *¿Es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?*- rompiendo las categorías localistas, para pasar a una tarea, que comenzó Jesús y que se les confía a ellos, una vez tengan la fuerza del Espíritu, para hacerlo presente no sólo en Jerusalén, sino en los confines de la tierra.

2.1. Etapas de la fundación de la Iglesia

* **Jesús comenzó a predicar el evangelio** "convocando" a los Apóstoles, tras el bautismo de Juan, insertándose en la tradición del Pueblo de Israel. Así en Mt 4,18-25; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11; Jn 1,35-51 podemos observar la "llamada" de Jesús al discipulado. La asamblea de convocados comienza su odisea por la Tierra prometida a Abrahám, por la tierra que vió Moisés y no pudo pisar, por el pueblo que estableció un día una Alianza: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo". Por ello elige a Doce, como si de las Doce Tribus se tratara. Así la Iglesia estaba ya prefigurada en el Antiguo Testamento. La elección de Israel como pueblo de Dios a través de la Alianza implica que es el signo de encuentro de todas las naciones: "Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor, descollando entre los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las naciones, caminarán pueblos numerosos. Dirá: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas, porque de Sión saldrá la Ley; de Jerusalén, la Palabra del Señor. Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados; de las lanzas podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, ya no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, venid, caminemos a la luz del señor" (Is 2,2-5). Pero la infidelidad continua de Israel, denunciada continuamente por los profetas, harán necesaria una Alianza nueva y eterna, "mirad que llegan días en que haré una alianza nueva con Israel y Judá... meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jr 31, 31.33b). Es Jesús quien instituye esta nueva Alianza³ ampliando el horizonte hacia la misión universal de su Iglesia.

* **Y elige a los Doce, al nuevo Pueblo de Israel**, "para que estuvieran con Él y enviarlos a predicar" (Mc 3,14-16; Mt 10, 1-4; Lc 6,12-16), confiándoles a ellos una misión universal, la misión de la Iglesia: "Jesús se acercó y les habló: Me han concedido plena autoridad en cielo y tierra. Por tanto, id a hacer discípulos entre todos los pueblos, bautizadlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo y enseñadlos a cumplir cuanto os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo" (Mt 28, 18-20). Y los elige de entre muchos⁴,

³ Cf. CCE n° 762 y LG 9

⁴ Conviene distinguir entre el término discípulo y apóstol. El discípulo sigue a Jesús como Maestro. El apóstol -que significa enviado- posee la representación

como nos dice el evangelio de Marcos en 3,13, subiendo con él, Jesús, a la montaña, a diferencia de Moisés, que sólo sube él a la montaña permaneciendo el pueblo abajo. Jesús instituye a los Doce en continuidad con el pueblo de Israel pero desde la novedad de una nueva Alianza. Así como el Antiguo Testamento, el Pueblo de Israel se organiza bajo las doce Tribus, el Nuevo Pueblo de Dios, la asamblea de convocados, la Iglesia, se organizará, constituirá y fundará desde los Doce Apóstoles.

* **De entre los Doce escoge a Pedro como cabeza y Pastor**, *“pues yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta Piedra construiré mi Iglesia y el imperio de la muerte no la vencerá. A ti te daré las llaves del reino de Dios; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”* (Mt 16, 18-19). Este texto será analizado posteriormente.

* **Jesús instituye la Eucaristía.** *“La Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la Cruz”.* (CEC nº 766). La instituye otorgando a los Apóstoles funciones sacerdotales *“Haced esto en memoria mía”* (1 Cor 11, 24-25), y el poder de perdonar los pecados *“A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se lo mantengáis les quedan mantenidos”* (Jn 20, 23).

* **La venida del Espíritu Santo en Pentecostés** marca el arranque expansivo y definitivo para todos los pueblos del mensaje de Cristo en la Historia de la Humanidad. La Iglesia, la comunidad de convocados a la cual Jesús confía la tarea del Reino, los que fueron *“testigos de estos acontecimientos”* (Hch 2,32), cumplirá el mandato de Jesús *“Id pues y enseñad a todos los pueblos”* (Mt 28,19). Y lo harán desde la experiencia del Espíritu lejos de ambición alguna como lo hicieron los habitantes de la Torre de Babel, así nos dice la Gaudium et spes,3: *“No impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa, bajo la guía del espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la Verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido”.* El carácter universal de la misión de Jesús hace que la Iglesia sea misionera para hacer partícipe a todos los hombres del amor que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu, queriendo Dios *“que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad”* (Tim 2,4).

Podemos concluir en relación a las etapas del proceso fundacional⁵ de la Iglesia o de su génesis que:

- a) Jesús tenía conciencia de su misión salvífica, lo cual implica la Iglesia, la convocación de todos los hombres al amor de Dios.
- b) Elige a los Doce (importancia del primado de Pedro).
- c) Instituye la Eucaristía, donde la comunidad recibe un acto de culto distinto del Templo de Jerusalén y que, por tanto, marca el arranque del nuevo Pueblo.
- d) Reconstruye la comunidad de Apóstoles después de la Resurrección.
- e) Envío del Espíritu Santo y Misión.
- f) Misión a todos (con la apertura a los no judíos).

Pregunta: ¿Qué responderías si te dijeran que Jesús vino a predicar el Reino de Dios sin la intención de fundar la Iglesia?

oficial de aquel que le ha enviado, sin olvidar el alto sentido teológico del “envío”.

⁵ Más que buscando un acto fundacional en sentido jurídico hemos de hablar de génesis a través de etapas sucesivas como hemos visto.

3. El Misterio de la Iglesia

En el Antiguo Testamento encontramos la palabra "*misterio*" con dos sentidos análogos.

- En sentido profano: significaría el plan de guerra que tiene un rey cuando va a la batalla, como en Jdt 2,6, plan que no es público y que sólo conocen sus consejeros.

Podemos observar en este concepto dos notas principalmente: dinamicidad e inaccesibilidad. Por una parte es un plan de acción y por otra es secreto, enigmático y accesible a aquellos que participan de la condición de consejeros del Rey.

- En sentido religioso: es el Plan de Dios y su propósito para con el mundo y los hombres. Este misterio de Dios es su plan salvador universal, *Cristo es el mismo el Misterio de Salvación* (CEC 774). Pero el "*mysterion*"⁶ es al mismo tiempo mostración de las realidades ocultas, donación de sentido, exceso de luz. El misterio hace presente aquello que oculta. Por ello la Iglesia es sacramento universal de salvación al ser signo visible del plan de salvífico de Dios. *Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo. Ella es asumida por Cristo "como instrumento de redención universal" (LG 9), "sacramento universal de salvación" (LG 48), por medio del cual Cristo "manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre (GS 45, 1) (CEC n° 776)*. Nuevamente nos encontramos que el nacimiento de la Iglesia está unido a la Revelación que Dios hace de sí en su Hijo a través del Espíritu.

Es por ello por lo que nosotros afirmamos la presencia viva de Cristo en su Iglesia, la asistencia de su amor a través de la fuerza del espíritu, la previsión continua del Padre que nos mueve a la común-uniión, oyendo su Palabra, participando en los Sacramentos y viéndolo en el hermano. La Iglesia es Misterio que supera el ámbito de la razón racional para adentrarse en la razón trascendental, en la razón de la fe, pues "*solamente con los ojos de la fe se puede ver al mismo tiempo en esta realidad visible una realidad espiritual, portadora de vida*" (CEC 770). Lo cual nos lleva a decir que la Iglesia posee dos dimensiones: su invisibilidad o misterio y su visibilidad. En lo visible de la Iglesia se hace presente lo invisible, el *mysterium*, el *sacramentum*. Esto es inseparable y nota de distinción con una organización de hombres que busquen servir a la sociedad. La Iglesia supera la estructura meramente humana, aunque hombres la gobiernen visiblemente, es el Espíritu el que la lleva a su perfección dentro de la Historia. El Concilio Vaticano II⁷ expresó la realidad y misterio de la Iglesia en símbolos a la luz del evangelio así nos dice que es un redil y un rebaño (Jn10,1-16), una casa de la que Jesús es piedra angular (Mt 21,42), una luz que brilla en el mundo (Mt 5,14) y sobre todo el Concilio Vaticano II utiliza la expresión de "Cuerpo de Cristo" y "Esposa de Cristo". No olvidemos que la Iglesia es: "*a la vez camino y término del designio de Dios; prefigurada en la creación, preparada en al Antigua Alianza, fundada por las palabras y las obras de Jesucristo, realizada por su Cruz redentora y su resurrección, se manifiesta como misterio de salvación por la efusión del Espíritu Santo. Quedará consumada en la gloria del cielo como asamblea de todos los redimidos de la tierra*". (CEC 778).

Cuando hacemos profesión de fe en el Credo nos referimos a que es más que lo visible que manifiesta, su estructura humana, pues su origen obedece a Dios, por ello la "*Iglesia es a la vez visible y espiritual, sociedad jerárquica y Cuerpo Místico de Cristo. Es una, formada por un doble elemento humano y divino. Ahí está su misterio que sólo la fe puede aceptar*" (CEC 779). Y cuando decimos **creemos** lo hacemos eclesialmente, desde el Espíritu "*por tal motivo no es posible decidir, en última instancia, si el cristiano sólo << cree a la*

⁶ La palabra griega "mysterion" ha sido traducida en latín por dos términos: "mysterium" y "sacramentum" (CEC 774).

⁷ Cf. LG 6 y 7.

Iglesia>> o << cree en la Iglesia>>: el cristiano sólo cree a la Iglesia en tanto cree a Cristo, el cual la ha nombrado administradora suya; y cree en la Iglesia en tanto ésta es emanación de la plenitud de Cristo, el cual es Dios; y sólo a Dios se puede prestar fe. Si esto es así, entonces tampoco el amor del cristiano a la Iglesia es simplemente amor a una entidad delimitable en sí misma, sino de manera absoluta, amor que comienza en la Iglesia sólo para convertirse, en el origen de la Iglesia, en amor a Cristo y a Dios, en amor transitivo y transparente que, precisamente en cuanto tal, es, en último término, amor de la Iglesia a su Señor y esposo: la piedad eclesial de nuestro tiempo quiere ser, en su núcleo, no amor a la Iglesia, sino amor de la Iglesia⁸.

4. La Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu Santo

4.1. La Iglesia, Pueblo de Dios

Como hemos mostrado en páginas anteriores la imagen de Pueblo de Dios queda enraizada en la elección de Israel con el que Dios pactó una alianza. Es *un pueblo que está en camino, en peregrinación a lo largo de la historia*⁹. La Iglesia es ahora el nuevo Pueblo de Dios tras la nueva y definitiva Alianza que se realiza en Cristo, *"los que un tiempo eráis No- Pueblo de Dios, ahora sois pueblo de Dios"* (1 Pe 2,10). Veamos sus características y para ello reproducimos íntegro el n° 782 del CEC por su excelente claridad:

El pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

- Es el Pueblo de Dios: no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran pueblo: *"una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa"* (1 Pe 2,9).
- Se llega a ser miembro de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el *"nacimiento de arriba"*, y *"del agua y del Espíritu"* (Jn 3,3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.
- Este pueblo tiene por jefe (Cabeza) a Jesús el Cristo (Ungido, Mesías): porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es *"el Pueblo mesiánico"*.
- *"La identidad de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo"*.
- *"Su ley, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó (Jn 13,34)"*. Esta es la ley *"nueva"* del Espíritu Santo (Rom 8,2; Gal 5,25).
- Su misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo (Mt 5,13-16). *"Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano"*.
- *"Su destino es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección"* (LG 9).

CEC 782

⁸ Hans Urs von Balthasar, *Ensayos Teológicos*, II, Cristiandad, Madrid 1965, p.50

⁹ Ratzinger Joseph, *a.c.*, p. 367.

Como Pueblo de Dios participa del carácter sacerdotal, profético y real de Cristo desde el bautismo *quedando consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo* (LG 10). El Mesías es el Profeta, cumbre del ministerio profético (Dt 18,15). Israel no esperaba a un profeta más, esperaba algo, cuanto menos, como Moisés. Es el Mesías el rey por antonomasia, el descendiente de David (2 Sam 7). El Mesías, el Ungido, El Cristo, es el sacerdote por excelencia *"El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec"* (Sal 110, 4). Los Santos Padres vieron en el oro (Rey), incienso (Profeta) y mirra (Sacerdote) una simbología de las funciones de Cristo.

Hemos de entender el sacerdocio común¹⁰, no confundir con el sacerdocio ministerial, como la vocación propia del seguidor de Cristo que está llamado a reproducir en su vida la conducta de Jesucristo y, en este sentido, ofrecerle a Dios un culto verdadero. A esto estamos llamados todos los bautizados. De ahí la importancia nuestra de participar en la vida pública como católicos. Y es desde este testimonio de vida y caridad, que incluye el anuncio de la Palabra, cuando participamos de la función profética. El testimonio que proviene de la fe y de una vida coherente ha de ir acompañado del anuncio de Cristo como Salvador. *La Buena Nueva ha de ser proclamada en primer lugar desde el testimonio*¹¹. De ahí el talante misionero y comprometido del miembro de la Iglesia que se manifiesta en el servicio: *"Cristo, Rey y señor del Universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos (Mt 20,28). Para el cristiano servir es reinar (LG 36), particularmente "en los pobres y en los que sufren", donde se descubre la imagen de su Fundador pobre y sufriente" (LG 8). El pueblo de Dios realiza su dignidad regia viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo"* (CEC 786).

4.2. La Iglesia, Cuerpo de Cristo

La imagen de la Iglesia como *"Cuerpo místico de Cristo"*, expresada en LG 7 ya era conocida a través de la encíclica de Pío XII del mismo nombre y que vió la luz en 1943. En el texto paulino, 1 Cor 12, 12-30, texto de capital importancia, nos desvela la multitud de matices que tuvo la Iglesia desde su origen y desarrollo confluyendo todos en un vértice al ser el mismo y único Espíritu el que todo lo sustenta y el que permite los distintos servicios en la comunidad en el único Cuerpo que existe unido desde el amor íntimo que fluye en el seno de la Trinidad. *"La comparación de la Iglesia con el cuerpo arroja un rayo de luz sobre la relación íntima entre Iglesia y Cristo. No está solamente reunida en torno a El: siempre está unificada en EL, en su Cuerpo. Tres aspectos de la Iglesia "Cuerpo de Cristo" se ha de resaltar más específicamente: la unidad de todos los miembros entre sí por su unión con Cristo; Cristo Cabeza del Cuerpo; la Iglesia, Esposa de Cristo"* (CEC 789).

La carta a los Efesios 5,27-29 afirma la unión en el amor del marido y la esposa diciéndonos que *"nadie ha odiado nunca su cuerpo, antes lo alimenta y cuida, como Cristo a su Iglesia, ya que somos miembros de su cuerpo"*. Pablo no duda en llamar a la Iglesia *"Cuerpo de Cristo"* así en Rom 12,3-8; 1Cor 6,12-20; 10,17; 12,12-27; Ef 4,4. 12. 16; Col 1,18. 22; 2,19, para indicar que el *"cuerpo"* es la comunidad eclesial en la historia en la cual Jesús Resucitado se hace presente a la humanidad.

El adjetivo místico ha servido en la teología para hacer ver que la Iglesia es un cuerpo con un contenido especial, que no puede ser explicitado basándonos en un cuerpo físico, ni moral sino a partir de los datos de la Revelación. La palabra cuerpo indica diversidad de miembros y funciones, así el cuerpo indica una concepción diferenciada en la que existe diversidad de dones y funciones. La diversidad se establece en los miembros, los dones y los ministerios. Pero esta multiplicidad y diversidad ha de entenderse como unidad de los distintos basada en la complementariedad. Por ello la Iglesia es Común- Unión, como es Unión

¹⁰ Cf LG 10-11. Todos los cristianos debemos ofrecer a Dios nuestra vida como Cristo ofreció en sacrificio la suya. Este es nuestro carácter sacerdotal.

¹¹ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 21.

diferenciada la realidad profunda de Dios en su seno trinitario¹². *“La unidad del cuerpo no ha abolido la diversidad de los miembros: en la construcción del Cuerpo de Cristo existe una diversidad de miembros y de funciones. Es el mismo Espíritu el que, según su riqueza y las necesidades de los ministerios, distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia. La unidad del Cuerpo místico produce y estimula entre los fieles la caridad”* (CEC 791).

4.3. Cristo, Cabeza de este Cuerpo

De este cuerpo San Pablo nos dice (Ef 1,20-22; 4,15; 5,23; Col 1,18) que *“Él es cabeza del cuerpo de la Iglesia”* (Col 1, 18). Esta expresión procede del mundo judío en donde el marido era el cabeza de familia. En este sentido se quiere subrayar que la Iglesia, no es autónoma, sino que es sierva de su Señor. Así los miembros de la Iglesia *“no pueden imponer a la Iglesia sus propias opiniones como doctrina, sino que tiene que ponerse al servicio de la gran comunidad de la fe y convertirse en oyentes de la palabra de Dios. Tiene que dejarse dirigir y purificar por Él, para conseguir hacerlo bien”*¹³.

Pero también hemos de observar en el citado texto paulino el carácter immanente de Cristo en su Iglesia, principio vital, de autoridad, origen y fuente de la Iglesia de donde todo procede, por eso Cristo es el Principio, Primogénito (cf. Col 1, 18 b), no primero entre muchos sino de dónde todos los demás proceden, de dónde dimana la gracia de la Iglesia y dónde se manifiesta *“la soberanía del Señor sobre todas las cosas en orden a su plenificación en la unidad”*¹⁴.

4.4. La Iglesia es la esposa de Cristo

La imagen de la Iglesia como *“Esposa de Cristo”* la encontramos en el Nuevo Testamento en Ef 5,21-33 y en Ap 21,22, entre otras citas. Así el *“Cuerpo de Cristo”* e Iglesia *“Esposa de Cristo”*, en una línea de relación conyugal, el esposo se une a la esposa, en un sólo cuerpo (Gn 2,4), como Dios con su Pueblo, como Cristo a su Iglesia a la que *amó y se entregó por ella, para limpiarla con el baño del agua y de la palabra, y consagrarla, para presentar una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e irreprochable* (Ef 5,25b-27). En este sentido Cristo hace una entrega redentora en donde la humanidad pecadora encuentra su salvación mediante el bautismo y la fe (agua y palabra), a través de su Esposa, que nace de su redención, de su agua (Espíritu-Bautismo), de su Palabra, *“quedando asociada a él mediante una alianza eterna y de la que no cesa de cuidar como de su propio cuerpo”* (CEC 796).

¹² Es importante que no olvidemos en ningún momento la visión trinitaria de Dios, no sólo a nivel eclesiológico, sino en todos los ámbitos de nuestro estudio y vida.

¹³ Ratzinger Joseph, o.c., p. 339

¹⁴ Bueno de la Fuente E., *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998, p.56

4.5. Qué comporta ser Cuerpo Místico

La Iglesia por medio de esta imagen se reconoce como¹⁵:

- Un Organismo espiritual, no reducible a sus solas estructuras visibles.
- Alentado por un alma, que es el Espíritu Santo.
- Dirigido por su cabeza, Cristo.
- Cuyos miembros son los fieles cristianos, que se unen con la cabeza y entre sí por medio del bautismo, y se fortalecen por la recepción de la Eucaristía y de los otros sacramentos.
- En el que cada miembro realiza su función propia, y algunos -la jerarquía- tareas esenciales para el conjunto.

4.6. La Iglesia, Templo del Espíritu Santo

El Espíritu Santo es "*el principio de toda acción vital y verdaderamente saludable en todas las partes del cuerpo (Pío XII, Mystici Corporis)*" (CEC 789). De ahí que San Agustín nos diga que "*lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo*"¹⁶. La expresión "*Templo del Espíritu Santo*" subraya una vez más el carácter trinitario de la fundamentación eclesiológica, es el alma del Cuerpo Místico, principio de su vida, así el Espíritu es el alma de la Iglesia de forma que el Espíritu Santo hace internamente lo que externamente hace el ministerio apostólico. La Palabra oída queda interiorizada por la acción del Espíritu, facilitando la asimilación de la doctrina y convirtiéndola en fe. "*Con el don del Espíritu Santo el hombre llega por la fe a contemplar y saborear el misterio del plan salvífico*" (GS 15), siendo el artífice de la fecundidad sobrenatural de la Iglesia, fuente de las gracias y carismas. "*Extraordinarios o sencillos y humildes, los carismas son gracias del Espíritu Santo, que tienen directa o indirectamente, una utilidad eclesial; los carismas están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo*" (CEC 799), a fin de que todos los carismas, desde su diversidad en la unidad enriquezcan la acción eclesial en sus múltiples necesidades como catequesis, animación litúrgica, educación de los más jóvenes, ejercicio de la caridad y de la justicia y la participación en la vida pública desde el evangelio.

El Espíritu Santo hace de la Iglesia "*el Templo vivo de Dios*" (2 Co 6,16; 1 Co 3, 16-17; Ef 2,21) "*habitando en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo, y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos. Guía a la Iglesia a toda la verdad, la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos; con la fuerza del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo*"¹⁷.

¹⁵ Pérez Arangüena José Ramón, *La Iglesia. Iniciación a la eclesiológica*, Rialp, Madrid 1998, pp.48-50.

¹⁶ San Agustín, *sermones* 267, 4. Podemos encontrar sus sermones en versión electrónica en www.mercaba.org.

¹⁷ Juan Pablo II, *Dominum et vivificatem*, n. 25.

La imagen de la Iglesia como Templo del Espíritu Santo indica que¹⁸:

- Es el hogar familiar de la trinidad, sede y fuente del Amor y del Don propios del Espíritu Santo, es decir, de la caridad y generosidad infinitas de Dios para con los hombres.
- Alberga la fe segura del cristiano y la perenne esperanza de todo hombre.
- Tiene una tarea fundamental de culto y servicio a Dios.

RECUERDA:

La Iglesia es este Cuerpo del que Cristo es la Cabeza: vive de El, en El y por El; El vive con ella y en ella (CEC 807).

La Iglesia es la esposa de Cristo: la ha amado y se ha entregado por ella. La ha purificado por medio de la sangre. Ha hecho de ella la Madre fecunda de todos los hijos de Dios (CEC 808).

La Iglesia es el Templo del Espíritu Santo. El Espíritu es como el alma del Cuerpo Místico, principio de su vida, de la unidad en la diversidad y de la riqueza de sus dones y carismas. (CEC 809).

5. La Iglesia es una, Santa, Católica y Apostólica

"Esta es la única Iglesia de Cristo, de la que confesamos en el Credo que es una, santa, católica y apostólica" (LG 8). Estos cuatro atributos, inseparablemente unidos entre sí (cf DS 2888) indican rasgos esenciales de la Iglesia y de su misión. La Iglesia no los tiene por ella misma; es Cristo, quien, por el Espíritu Santo, da a la Iglesia el ser una, santa católica y apostólica, y Él es también quién llama a ejercitar cada una de estas cualidades" (CEC 811).

Estas notas de la Iglesia la encontramos en el credo apostólico y en el nicenoconstantinopolitano. Los símbolos más antiguo nos hablan de Santa Iglesia, más tarde se añade el adjetivo de Católico y después el adjetivo Apostólico. Será en el concilio de Constantinopla, 381, el que fije el orden actual que conocemos. A esto llamamos **notas** de la Iglesia. Santo Tomás de Aquino no utilizó la palabra nota sino "conditio", condición de la Iglesia, "conditiones ecclesiae" para designar las cualidades fundamentales de la realidad eclesial. Serán en los siglos XV y XVI, época de grandes controversias teológicas, con motivo de la confrontación con el protestantismo, lo que obligó a establecer unos rasgos distintivos que permitan a los fieles distinguir la verdadera Iglesia de Cristo¹⁹ de las sectas y herejías. Es en esta época de tensiones cuando se apalabrarán diversos términos como signa, proprietates, **notae** (nota), siendo este último término, utilizado por Roberto

¹⁸ Pérez Arangüena José Ramón, *o.c.*, pp. 51-52.

¹⁹ Es importante que para entender esto nos pongamos en aquellos que se preguntan ¿dónde está la verdadera Iglesia de Cristo?

Belarmino²⁰, el que quedó generalizado y establecido en toda la Iglesia Católica. Pio XI presentará las cuatro notas de la Iglesia como "*cartas de identidad por la que todos en cada momento puedan conocer dónde está la verdadera Iglesia de Cristo*"²¹.

El ser profundo de la Iglesia se revela en sus cuatro notas, como propiedades, emanación o expresión profunda de la Iglesia, la naturaleza invisible de la Iglesia se manifiesta por sus cuatro notas esenciales lo cual nos permite decir que las notas son como la epifanía de la Iglesia. Entre sí estas notas no se distinguen sino que mutuamente se implican unas a otras dándonos a conocer la esencia de la Iglesia, sin olvidar que la esencia de la Iglesia es su misterio, el plan de Dios, que se revela y se realiza en Jesucristo. Estas cuatro notas tienen, por tanto, dependencia de Jesucristo, Él es quien, comunicando a la Iglesia su Espíritu, la unifica, la santifica, la hace católica y la hace apostólica.

5.1. La Iglesia es UNA

"La Iglesia es una debido a su origen: El modelo y principio de este misterio es la unidad de un sólo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas (UR 2). La Iglesia es una debido a su Fundador: Pues el mismo Hijo encarnado, Príncipe de la Paz, por su cruz reconcilió a todos los hombres con Dios... restituyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo (GS 78,3)" (CEC 813).

La lectura atenta de *Lumen Gentium* y de *Unitatis Redintegratio*, así como los números del CEC 813-822 nos llevan a ver con bastante claridad los fundamentos de la unidad de la Iglesia:

- **El designio del Padre**, que creó a los hombres en la unidad de naturaleza y que determinó congregar a sus hijos dispersos por el pecado. Rota la unidad, a consecuencia del pecado, el designio salvador de Dios se presenta como la voluntad de congregar a los hijos de Dios dispersos por el pecado (Ef 2,14-18). El designio Creador de Dios es restaurado desde el designio Salvador

de Dios para congregar a todos en un solo Cuerpo.

- **La unidad, obra del Hijo**, cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios. Cristo oró al Padre por la unidad de sus discípulos (Jn 17,21).

- **El Espíritu Santo, principio de la unidad de la Iglesia**, conforme a su característica personal intra-trinitaria. Las personas divinas en su obrar "ad extra", en su actuación histórico-salvífica, refleja aquello que es su característica personal intra-trinitaria, esto es, ser unión entre distintos, así el Espíritu actúa en la historia de la salvación, uniendo a los distintos.

Entre los vínculos visibles de comunión que aseguran la unidad de la Iglesia (CEC 814):

- *La profesión de una misma fe recibida de los apóstoles.*
- *La celebración común del culto divino, sobre todo de los sacramentos.*
- *La sucesión apostólica por el sacramento del orden, que conserva la concordia fraterna de la familia de Dios.*

²⁰ Uno de los más grandes defensores de la Iglesia Católica contra la reforma protestante. Jesuita, Arzobispo de Capua, Cardenal, Doctor de la Iglesia, prolífico escritor, autor de dos catecismos y de numerosas obras apoloéticas (1542-1621).

²¹ Constitución Apostólica, *Umbratilem remotamque* (08.07.1924), en AAS 16 (1924), p.385 s.

La Iglesia desde su origen ha vivido la unidad y la pluralidad. *Plural ha sido además, desde siempre, la forma de celebrar la única y misma fe (diversidad de liturgias), la forma de entender y explicar el mismo y único misterio cristiano (diversidad de escuelas teológicas), la manera concreta de entender la única y misma misión confiada por el Maestro a sus seguidores (formas de colonización espiritual o formas de auténtica inculturación)*²². De hecho *"en esta una y única Iglesia de Dios, aparecieron ya desde los primeros tiempos algunas escisiones que el apóstol reprueba severamente como condenables; y en siglos posteriores surgieron disensiones más amplias y comunidades no pequeñas se separaron de la comunión plena con la Iglesia Católica y, a veces, no sin culpa de los hombres de ambas partes"* (UR3). (CEC 817).

La vocación bautismal obedece a un principio universal, a una vocación ecuménica *"Id por todo el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad"* (Mc 16,15). Por ello encontramos en los hermanos separados en el Señor *"muchos elementos de santificación y de verdad"* (LG 8) que *"existen fuera de los límites visibles de la Iglesia católica. El Espíritu de Cristo se sirve de estas Iglesias y comunidades eclesiales como medios de salvación cuya fuerza viene de la plenitud de gracia y de verdad que Cristo ha confiado a la Iglesia Católica"* (CEC 819).

La unidad eclesial abre el campo al ecumenismo a una comunión intra-cristiana e intra-mundana. Esta pasión por la unidad pide de la Iglesia, de la única Iglesia de Cristo, el *"orar y trabajar siempre para mantener, reforzar y perfeccionar la unidad que Cristo quiere para ella. El deseo de volver a encontrar la unidad de todos los cristianos es un don de Cristo y un llamamiento del Espíritu Santo"* (CEC 820). Una eclesiología de comunión nos lleva a una eclesiología de ecumenismo por ello para responder acertadamente a este llamamiento se pide:

* Una renovación permanente de la Iglesia en una fidelidad mayor a su vocación. Esta renovación es el alma del movimiento hacia la unidad (UR 6).

* La conversión del corazón para llevar una vida más pura, según el evangelio (cf UR 7), porque la infidelidad de los miembros al don de Cristo es la causa de las divisiones.

* La oración en común, porque *"esta conversión del corazón y santidad de vida, junto con las oraciones privadas y públicas por la unida de los cristianos, deben considerarse como el alma de todo movimiento ecuménico, y pueden llamarse con razón ecumenismo espiritual"* (UR8).

* El fraterno conocimiento recíproco (cf UR 9).

* La formación ecuménica de los fieles y especialmente de los sacerdotes (cf UR 10).

* El diálogo entre los teólogos y los encuentros entre los cristianos de diferentes Iglesias y comunidades (cf UR 4, 9, 11).

* La colaboración entre cristianos en los diferentes campos de servicio a los hombres (cf UR 12).

(CEC 821)

²² Calero Antonio María, *La Iglesia, Misterio, Comunión y Misión*, CCS, Madrid 2001, p. 314.

5.2. La Iglesia es SANTA

A nivel histórico es el primer adjetivo que se unió a la Iglesia. Sin embargo hemos de conciliar en la Iglesia la santidad con el pecado. El hombre, a pesar de ser regenerado por el bautismo, no puede evitar completamente el pecado: *"si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros"* (1 Jn 1,8). El propio Jesús previó una comunidad de pecadores, la oración que nos deja muestra un súplica por el perdón.

Para el Antiguo Testamento santidad significa pureza y separación, lo santo tiene un sentido cultural y es aquello que está separado del uso profano. Es el atributo de Dios por excelencia, la santidad constituye su propio ser. Por ello, aquello que participa de Dios, porque procede de Él, es santo. Así en Ex 19 nos dice que el pueblo de Israel es un Pueblo Santo, como santo es el Templo de Jerusalén y los sacerdotes (sin connotación moral), porque se dedican al culto de Dios. El profetismo de Israel incluirá una noción subjetiva de santidad. Se insistirá en la importancia de la dimensión interior (circuncisión del corazón), en la necesidad de una vida ética derivadas del culto a Dios. El hombre ha de imitar a Dios.

En el Nuevo Testamento Jesucristo es el *"Santo, sin tacha ni mancha, apartado de los pecadores, ensalzado sobre el cielo"* (Hb 7,26). Su obra redentora nos llega por el Espíritu Santo, de esta manera, por referencia a Cristo y al Espíritu Santo, formamos un pueblo santo, un sacerdocio santo capaz de ofrecer a Dios víctimas espirituales. Por tanto la santificación de la Iglesia, del cristiano, tiene lugar por el Espíritu Santo. Es el Espíritu de adopción el que hace que tengamos los sentimientos de Cristo. La santidad de Cristo se comunica a su Iglesia por el Espíritu Santo. *"La fe confiesa que la Iglesia... no puede dejar de ser santa. En efecto, el Hijo de Dios, a quien con el Padre y con el Espíritu se proclama "el sólo santo", amó a su Iglesia como a su esposa. Él se entregó por ella para santificarla, la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la llenó del don del Espíritu Santo para gloria de Dios"* (LG 39) (CEC 839).

La santidad de la Iglesia es un don de Dios y, en este sentido, en tanto que don de Dios, es absolutamente santa, porque ese don ha sido hecho de forma irrevocable con la muerte y resurrección de Cristo y con el envío del Espíritu Santo. Pero, ¿si yo pecco - y lo que tiene de responsabilidad personal-, peca la Iglesia? Pecamos los miembros de la Iglesia y en ello la Iglesia en el mundo se ve afectada. El pecado del cristiano hiere a la Iglesia. Para nosotros el bautismo nos santifica, porque viene de Cristo. Esta santidad corresponde a los elementos estructurales de la Iglesia: la Palabra y los Sacramentos, elementos intrínsecamente santificantes, sea cual sea la condición del celebrante. Por ello la Iglesia *"ha sido hecha santificadora. Todas las obras de la Iglesia se esfuerzan en conseguir la santificación de los hombres de Cristo y la glorificación de Dios"* (SC 10). *En la Iglesia es en donde está depositada la plenitud total de los medios de salvación* (UR 3). *Es en ella donde conseguimos la santidad por la gracia de Dios"* (LG48) (CEC 824).

El don de Dios recibido por el hombre a través de la Iglesia pide una respuesta del hombre. La respuesta humana puede ser más o menos generosa. En este sentido entra aquí la dinámica del pecado. Es la Iglesia de los santos y, a la vez, Iglesia de los pecadores, es la Iglesia santa pero haciendo penitencia. *"La Iglesia, en efecto, ya en la tierra se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta"* (LG 48). *En sus miembros, la santidad perfecta está todavía por alcanzar"* (CEC 825). Y porque existe el pecado existe el sacramento de la reconciliación de modo que *"quienes se acercan al sacramento de la Penitencia obtienen la misericordia de Dios, el perdón de la ofensa hecha a Él y al mismo tiempo se reconcilia con la Iglesia, a la que hirieron pecando"* (LG 11 b). Es más, podemos decir que la reconciliación con la Iglesia produce la reconciliación con Cristo. La Iglesia al ser el Cuerpo de Cristo, la reconciliación con ella es signo eficaz de la reconciliación con Cristo, al ser la Iglesia santificadora (cf. CEC 824). *"Aunque la psicoterapia puede hacer mucho para descubrir y subsanar circuitos defectuosos en la estructura anímica, no logra superar la culpa. Ahí*

*rebasa sus límites y por eso fracasa con tanta frecuencia. La culpa sólo puede superarla de verdad el sacramento, el poder pleno procedente de Dios*²³.

Nosotros nos confesamos ante Dios y ante la Iglesia como pecadores. Hemos sido incorporados a la Iglesia mediante el bautismo y *"nuestra vieja condición es crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores y, quedando nosotros libres de la esclavitud del pecado, resucitamos con Cristo para vivir para Dios"*²⁴. Por ello el cristiano ha de vivir con arreglo a la santidad que implica las promesas bautismales. Cuando somos infieles a esas promesas, infieles a la vocación del bautismo, somos nosotros los que pecamos y no la Iglesia. Y en ello obstaculizamos la misión de la Iglesia como signo e instrumento de salvación en el mundo.

La Iglesia y su nota de santidad encuentra en María su más alta realización, de hecho *"en la época patristica, se proyectó toda la mariología en la eclesiología, naturalmente sin citar el nombre de la Madre del señor: la Virgo Ecclesia, La Mater Ecclesia, la Ecclesia immaculata, la Ecclesia assumpta; lo que más tarde sería la mariología se pensó en un principio como eclesiología"*²⁵. En ella, La Iglesia es ya enteramente santa (cf. CEC 829).

5.3. La Iglesia es CATÓLICA

A) Significado del término católico:

La palabra católica no es bíblica y procede del griego profano, significando "según la totalidad", "según la integridad" (cf. CEC 830). En Aristóteles la encontramos para significar los principios universales. Que la Iglesia es Católica hemos de entenderlo en un doble sentido, a nivel cualitativo y a nivel cuantitativo.

A nivel cualitativo: La Iglesia Católica es aquella a la que nada le falta para la realización y desarrollo de su misión, no le falta nada de la integridad de la fe. *"Es católica porque Cristo está presente en ella. En ella subsiste la plenitud del Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, lo que implica que ella recibe de Él "la plenitud de los medios de salvación" (AG 6) (CEC 830).* A nivel cuantitativo: Hace referencia al factor geográfico. La Iglesia primitiva tuvo conciencia de que formaba un cuerpo, una misma familia dado que había cristianos por todo el mundo. *"Es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano" (CEC 831).*

*"La Iglesia pertenece a todo el mundo, a todos los tiempos, a todas las culturas. Esto es esencial. Porque la Iglesia jamás puede limitarse a ser una Iglesia nacional. Su finalidad es traspasar las fronteras e impedir la existencia de Babilonia. La Iglesia existe para impedir que la confusión de la confrontación domine a la humanidad. Su cometido es conducir a Dios a toda la riqueza del ser humano en todas sus lenguas, y de ese modo convertirse en la fuerza de reconciliación de la humanidad"*²⁶.

B) Iglesia universal e Iglesia particular:

La relación entre la Iglesia particular e Iglesia universal queda establecida dado que en cada iglesia particular *"se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo que es una, santa, católica y apostólica" (CD 11). La*

²³ Ratzinger Joseph, *o.c.*, p. 399.

²⁴ *Ritual de la penitencia*. Praenotanda 2.

²⁵ Ratzinger J. - von Balthasar H. U., *María primera Iglesia*, Madrid 1982, p.36.

²⁶ Ratzinger Joseph, *Dios y el Mundo*, Círculo de Lectores, Barcelona 2005, p. 332.

Iglesias particulares son plenamente católicas gracias a la comunión con una de ellas: la Iglesia de Roma (CEC 834). Juan Pablo II nos ha expresado esta relación:

“Sobre el fundamento de esta comunión, que sostiene a la Iglesia en su constitución más íntima y en sus más variadas expresiones, concretas e históricas, se construye la exuberante correlación de mutua interioridad entre la Iglesia universal e Iglesias particulares. En virtud de esta constitutiva relación se establecen en las distintas partes vínculos de íntima comunión acerca de las riquezas espirituales, mientras la variedad de Iglesias locales concordes entre sí, demuestra con mayor evidencia la catolicidad de la Iglesia indivisa (cf. LG 13). Por esta unidad, la Iglesia universal puede sentirse enriquecida por los tesoros de las Iglesias particulares y las Iglesias particulares pueden gloriarse de pertenecer a la Iglesia universal, la cual precisamente, está verdaderamente presente y actúa en ellas...de esta forma, por una parte, la Iglesia universal encuentra su existencia concreta en cada Iglesia particular, en la que ella está presente y operante, y, por otra parte, la Iglesia particular no agota la totalidad del misterio de la Iglesia, puesto que algunos de sus elementos constitutivos no son deducibles del puro análisis de la Iglesia particular misma. Tales elementos son el oficio del sucesor de Pedro y el mismo colegio episcopal”

Juan Pablo II, *Discurso a la Curia romana* 9, 20 diciembre 1990, en AAS 83 (1991), pp. 745-746.

La relación entre la Iglesia Católica con otras confesiones cristianas (cf. CEC 836-838) así como las relaciones con las religiones no cristianas (cf. CEC 839-845) la estudiaréis en otras asignaturas (Ecumenismo y Diálogo interreligioso).

C) La misión, exigencia de la catolicidad de la Iglesia:

La catolicidad de la Iglesia se expresa y se realiza en su misión a todos los pueblos. La misión es un constitutivo esencial de la Iglesia ya que creemos en el designio universal de la salvación. El mandato misionero de Jesús “*Id y haced discípulos de todas las naciones*” (Mt 28,19) hace que la Iglesia sea sacramento universal de salvación (cf. CEC 849), siendo el fin último de la misión de la Iglesia “*hacer participar a los hombres en la comunión que existe entre el Padre y el Hijo en su Espíritu de amor*” (cf. Juan Pablo II, RM 23) (CEC 850).

De la lectura de los textos del Nuevo Testamento, en especial de los evangelios, observamos que el anuncio de salvación, del que Jesús se siente portador, está dirigidos a todos los hombres. El mensaje de Jesús es universal en sí mismo y, por tanto, la misión eclesial ha de ser universal, católica. Por ello la comunidad eclesial, al desempeñar una tarea de carácter universal, ha de ser especialmente sensible con los signos de los tiempos, con las situaciones concretas de los hombres, con la vida pública en la cual nos desenvolvemos. Por ello “*la Iglesia avanza con toda la humanidad y experimenta la misma suerte terrena del mundo, y existe como fermento y alma de la sociedad humana que debe ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios*” (GS 40,2). El esfuerzo misionero exige entonces paciencia desde las Iglesias locales ya que implica un proceso de inculturación del Evangelio en las cultura de los pueblos, en donde no faltará también el fracaso (cf. CEC 854).

La catolicidad exige la de la comunidad eclesial la comunión. Nuestras divisiones internas, las rupturas, enfrentamientos, desfiguran el verdadero rostro de la Iglesia. Esto es un escándalo para el mundo. “*Entre los pecados que exigen un mayor compromiso de penitencia y de conversión han de citarse ciertamente aquellos*

que han dañado la unidad querida por Dios para su Pueblo" ²⁷. Nuestro gran desafío es la vida en comunión, como signo y sacramento de la unión con Dios. Por ello es indispensable promover la espiritualidad de comunión al ser la unidad, en definitiva, un don del Espíritu Santo. Es "*el Espíritu Santo el protagonista de toda misión eclesial. El es quien conduce a la Iglesia por los caminos de la misión*" (CEC 852). El olvido del Espíritu Santo convertiría a la Iglesia en una empresa puramente humana y caeríamos en un grave error al olvidar el mismo fundamento de la Iglesia desde sus orígenes como hemos visto. La vida de la Iglesia está marcada por el Espíritu Santo. Espíritu Santo y misión están unidos. Somos enviados desde la Iglesia como lo es el Espíritu enviado por Cristo desde el Padre (cf. Jn 16,12-15). La misión universal de la Iglesia queda pues enraizada en la vida trinitaria de Dios que mediante su Espíritu guía a la Iglesia hacia la verdad plena. "*Es el espíritu quien impulsa a ir cada vez más lejos no sólo en sentido geográfico, sino también más allá de las barreras étnicas y religiosas, para una misión verdaderamente universal*" ²⁸.

5.4. La Iglesia es APOSTÓLICA

La expresión Iglesia apostólica no tiene un sentido meramente cronológico, sino trascendente. Equivale a decir que la Iglesia, fundada por Cristo en los Apóstoles, continúa hoy siendo apostólica porque hay elementos esenciales de Cristo en los Apóstoles que se hallan en la Iglesia naciente, en la actual y en la del futuro. La Iglesia es apostólica al estar fundada en los Apóstoles y esto en un triple sentido:

* Fue y permanece edificada sobre el fundamento de los Apóstoles (Ef 2,20; Hch 21,14), testigos escogidos y enviados en misión por el mismo Cristo (cf Mt 28, 16-20; Hch 1,8; 1 Co 9,1; etc).

* Guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza (cf Hch 2,42), el buen depósito, las sanas palabras oídas a los Apóstoles (cf 2 Tm 1, 13-14).

* Sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los Apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: el colegio de los obispos, "*a los que asisten los presbíteros juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia*" (AG 5).

CEC 857

La apostolicidad garantiza la continuidad de la misión de Cristo, porque los sucesores de los Apóstoles, además de estar en continuidad histórica, han recibido la misma misión apostólica y han sido consagrados para ello por el Espíritu de Cristo vivo en su Iglesia. "*Esta misión divina confiada por Cristo a los Apóstoles tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida de la Iglesia. Por eso los Apóstoles se preocuparon de instituir... sucesores*" (LG 20) (cf CEC 859 -850).

Esta sucesión ministerial queda manifestada en la Escritura en donde observamos que se nombran a responsables de las comunidades locales a "*guardar el depósito de la fe*" (1 Tim 6,20). Pero hemos de decir que además de los escritos del Nuevo Testamento, *siendo el mismo Espíritu el que inspiró a los autores bíblicos y el que asiste a la Iglesia para que conserve, transmita y ponga de relieve el depósito de la fe* (cf Dei Verbum 8), que también subsiste la tradición apostólica de una forma viva en la Iglesia gracias a la sucesión ministerial que se remonta a los Apóstoles. Estos han fundado las Iglesias antes de que se redactarían los escritos, a veces para solucionar determinados casos prácticos de las comunidades eclesiales. Es precisamente la continuidad de esa vida práctica y de las estructuras ministeriales que la regulan el vértice en que los escritos del Nuevo Testamento se sitúan y se transmiten a las siguientes generaciones. "*Por eso, la Iglesia enseña que*

²⁷ Juan Pablo II, *Tertio Milenio Adveniente*, 34.

²⁸ Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 24.

por institución divina los obispos ha sucedido a los Apóstoles como pastores de la Iglesia. El que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió" (LG 20) (CEC 862).

Resumiendo tenemos que:

Apostolicidad de origen: La Iglesia se remonta a los Apóstoles.

Apostolicidad de la doctrina: La Iglesia mantiene las mismas enseñanzas que los Apóstoles.

Apostolicidad de sucesión: Los obispos son sucesores de los Apóstoles. Concretamente el Papa es el sucesor del Apóstol San Pedro.

Y para concluir este apartado de las Notas de la Iglesia:

"La Iglesia es una, santa, católica y apostólica en su identidad profunda y última, porque en ella existe ya y será consumado al fin de los tiempos "el Reino de los Cielos", el "Reino de Dios" (cf Ap 19,6), que ha venido en la persona de Cristo y que crece misteriosamente en el corazón de los que le son incorporados hasta su plena manifestación escatológica" (CEC 865).

6. Constitución Jerárquica de la Iglesia

6.1. Razón del ministerio eclesial

La Iglesia se encuentra dentro del horizonte intencional de Jesús al igual que su carácter ministerial, manifestada a través de una estructura al servicio de la comunidad de creyentes. Por ello hemos de decir que es el mismo Cristo la fuente del ministerio en la Iglesia (cf CEC 874). Jesús elige a los Doce tras pasar la noche orando (Lc 6,13). Lo cual manifiesta la importancia de esta elección, elección que hace Jesús desde su soberana libertad *"llamó a los quiso"* (Mc 3,13). Como hemos visto el número doce es significativo, corresponde a las doce tribus del pueblo de Israel, manifestando la intención de Jesús de poner los cimientos del nuevo Pueblo de Dios. Jesús crea los Doce para crear la Iglesia. El verbo utilizado en el evangelio de Marcos 3,14-16 pone de relieve el aspecto creador de la iniciativa de Jesús: hizo Doce (epoièsen: verbo utilizado por los LXX para traducir Gn 1 designando la acción creadora de Dios)²⁹. Se trata, pues, de una verdadera creación, que en el caso de Simón se subraya incluso con el cambio de nombre, en relación con la nueva función que ha de desempeñar.

"Este ministerio, en el cual los enviados de Cristo hacen y dan, por don de Dios, lo que ellos, por sí mismos, no pueden hacer ni dar, la tradición de la Iglesia lo llama "sacramento". El ministerio de la Iglesia se confiere por medio de un sacramento específico" (CEC 875). Así la jerarquía cumple, desde el ministerio sacerdotal, a través del cual se recibe la misión y autoridad dependientes de Cristo, la función de servir a las necesidades de la Iglesia, quedando unido el carácter de servicio del ministerio eclesial a la naturaleza sacramental (cf CEC 876).

²⁹ También encontramos el mismo verbo en Is 43,1 y 44,2 donde el término se utiliza con referencia a la creación del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento.

Al igual que los Doce formaron "el colegio Apostólico" (cf CEC 880), siendo Pedro la "Cabeza", la totalidad de obispos presididos por el Papa, sucesor de Pedro, forman lo que llamamos el Colegio Episcopal. *"De igual modo es propio de la naturaleza sacramental del ministerio eclesial tener un carácter colegial... Elegidos juntos, también fueron enviados juntos, y su unidad fraterna estará al servicio de la comunión fraterna de todos los fieles; será como un reflejo y un testimonio de la comunión de las Personas divinas (cf Jn 17, 21-23). Por eso, todo obispo ejerce un ministerio en el seno del colegio episcopal, en comunión con el obispo de Roma, sucesor de san Pedro y jefe del colegio; los presbíteros ejercen su ministerio en el seno del presbiterio de la diócesis, bajo la dirección de su obispo"* (CEC 877). Este carácter colegial se muestra de manera especial cuando se celebra un Concilio Ecuménico, y para que dé lugar a Concilio ecuménico el sucesor de Pedro ha de aprobarlo o al menos aceptado como tal (LG 22) (cf CEC 884).

El servicio colegial no anula el carácter personal del ministerio eclesial, dado que cada uno ha sido llamado personalmente, para una misión común y universal. El ministerio sacramental en la Iglesia es, pues, al mismo tiempo, personal y colegial, ejercido en nombre de Cristo (cf CEC 879).

6.2. El Colegio episcopal y su cabeza, el Papa

El nombre de Pedro aparece encabezando todas las lista de los Apóstoles, e incluso lo podemos leer "Pedro y los que estaban con él". En el libro de los Hechos, Pedro lleva y guía la elección de Matías. En Mt 16,17, texto clave, leemos: *¡Dichos tú, hijo de Jonás! Porque no te lo ha revelado nadie de carne y sangre, sino mi Padre del cielo. Pues yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y el imperio de la muerte no la vencerá. A ti te dará las llaves del reino de Dios; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo"*. Pedro es llamado dichoso, bienaventurado, en función de su confesión de fe, que es vista por Jesús como revelación que el Padre le ha hecho. La promesa que le hace a Pedro es triple.

Ser piedra de la Iglesia: esto unido a un cambio de nombre. El nombre de "Cefas" sólo es referido a Pedro y en relación con Jesús. Va orientado sobre "edificar sobre piedra" y se interpreta como la escucha de la Palabra y la práctica de la misma. El término "piedra-cefas" puede ser entendido como Simón, en cuanto profesa la fe o como la fe profesada por Simón.

La metáfora de las llaves: Entregar a alguien las llaves de la casa es constituirlo como que actúa en nombre del Señor de la Casa. Se le atribuye por tanto, una autoridad ministerial exclusiva.

El poder de atar y desatar: Este poder tiene una triple dimensión. Poder declarativo rabínico (determinar lo que es lícito e ilícito), poder interpretativo y descripción de procedimiento penitencial. *"Está claro que también el Colegio de Apóstoles unido a su Cabeza, recibió la función de atar y desatar dada a Pedro (LG 22). Ese oficio pastoral de Pedro y de los demás Apóstoles pertenece a los cimientos de la Iglesia. Se continúa por los obispos bajo el primado del Papa"* (CEC 881).

"El Papa no es el mandatario supremo -desde Gregorio magno se llama "el siervo de los siervos de Dios"- sino que debería, yo suelo expresarlo así, ser el garante de la obediencia, de que la Iglesia no haga lo que quiera. Ni siquiera el propio Pontífice puede decir: "La Iglesia soy yo", o " La tradición soy yo", sino al contrario: él está obligado a obedecer, encarna ese compromiso de la Iglesia" ³⁰. A su vez el Colegio o Cuerpo Episcopal no tiene ninguna autoridad si no se le considera junto con el Romano Pontífice (CEC 883), y al estar compuesto de

³⁰ Ratzinger Joseph, *Dios y el Mundo*, Circulo de Lectores, Barcelona 2005, p. 358.

muchos "expresa la diversidad y la unidad del Pueblo de Dios; en cuanto reunido bajo una única cabeza, expresa la unidad del rebaño de Dios" (LG 22).

Dentro de los tres grados del sacramento del Orden (obispos, presbíteros y diáconos), los obispos, sucesores de los Apóstoles, "ejercen su gobierno pastoral sobre la porción del Pueblo de Dios que le ha sido confiada" (LG 23), asistidos por los presbíteros y los diáconos. Pero como miembros del colegio episcopal, cada uno de ellos participa de la solicitud por todas las Iglesias (cf CD 3), que ejercen primeramente "dirigiendo bien su propia Iglesia, como porción de la Iglesia Universal" (CEC 886). "El clero bien entendido no prescribe lo que es la Iglesia, sino que se mantiene en la obediencia a Dios, cuyo garante es el Papa. Así pues, se encarga precisamente de que las personas no modelen a la Iglesia a su antojo, sino que ésta siga en manos del Señor. A esto se refiere realmente el sacramento de las órdenes sacerdotales, origen del que nosotros procedemos. Entones, ser laico tampoco es un deshonor, sino la forma normal de ser cristiano; la forma normal de vivir el evangelio en este mundo y de abordar las cuestiones cotidianas del mundo. Abarcar y transformar el mundo con el cristianismo, he aquí el auténtico apostolado de los seglares"³¹.

6.3. La misión de enseñar, de santificar y de gobernar

A) Misión de Enseñar

Los obispos, los sucesores de los Apóstoles, desde el día de Pentecostés llevaron a cargo la misión confiada por Jesús, enseñar, santificar y regir al pueblo de Dios. Los Doce reciben una autoridad semejante a la de Jesús para que realicen su obra. Los Obispos con los presbíteros, sus colaboradores, "tienen como primer deber anunciar a todos el Evangelio de Dios" (PO 4), según la orden del Señor (cf Mc 16,15). Son "los predicadores del Evangelio que llevan nuevos discípulos a Cristo. Son también los maestros auténticos, por estar dotados de la autoridad de Cristo" (LG 25) (CEC 888). Para cumplir el servicio de la enseñanza "Cristo ha dotado a los pastores con el carisma de infalibilidad en materia de fe y costumbres" (CEC 890). Por infalibilidad hemos de entender la ayuda que otorga Cristo a su Iglesia mediante el Espíritu Santo, por la cual ésta no se equivoca en materia de fe y de moral. Esto ocurre cuando todos los obispos del mundo enseñan unánimemente una misma verdad, unidos al Papa, sobre todo en un Concilio ecuménico (cf CEC 891) y cuando el Romano Pontífice, como maestro y Pastor supremo de la Iglesia, proclama de un modo definitivo, la doctrina católica en una cuestión de fe o moral (cf CEC 891). "Esta infalibilidad abarca todo el depósito de la Revelación Divina" (CEC 891).

B) Misión de santificar

A través del ministerio de la palabra y de los sacramentos, en especial el de la eucaristía (centro de la vida cristiana y de la Iglesia particular) otorgados por el obispo y los presbíteros, la Iglesia se santifica (cf CEC 893), ofreciendo a todos los medios para la santificación, meta del cristiano. La Eucaristía es el medio de santificación por antonomasia. "Es la fuente y la cima de la vida cristiana" (LG 11; PO 5; AG 9).

C) La misión de gobernar

La autoridad debe ejercerse en comunión con toda la Iglesia bajo la guía del Papa y con el espíritu de servicio para edificar. "El buen Pastor será el modelo y la forma de la misión pastoral del obispo" (CEC 896) aunque "no debe considerarse al obispo como vicarios del Papa, cuya autoridad ordinaria e inmediata sobre toda la Iglesia no anula la de ellos, sino que, al contrario, la confirma y tutela" (CEC 895).

³¹ Ratzinger Joseph, o.c., p. 368.

7. María, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia

María es un don que nos ha dado Dios. En la Patrología se considera a María como la realización arquetípica de la Iglesia, de forma que eclesiología y mariología están unidos, al ser María la realización plena de la Iglesia. *“El Concilio subraya que la Madre de Dios es ya el cumplimiento escatológico de la Iglesia. La Iglesia ha alcanzado en la santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga”*³². María es vista como la figura ideal de la Iglesia modelo de Creyente (cf CEC 967). *Estuvo presente en los comienzos de la Iglesia con sus oraciones* (LG 69). La adhesión de María al proyecto divino, desde el anuncio, tuvo un efecto en todo el futuro de la humanidad. Por eso María-Iglesia-Cristo son inseparables (cf CEC 964).

Con la maternidad de María, con el sí a Dios, con su entrega total a la obra de su Hijo, se une en ofrenda generosa al sacrificio de su Hijo por la salvación de la humanidad. María al estar junto a la cruz (Jn 19, 25) se une al sacrificio de su Hijo (cf CEC 964). En Jn 19,26 leemos *“Mujer, he ahí a tu hijo”*. María al estar unida a Cristo posee la maternidad de todos los discípulos, de todos los cristianos. Y todos los cristianos hemos de recibir a María como Cristo la amó. El *“He ahí a tu madre”* (Jn 19,27) está dirigido a cada uno de nosotros. *“Es nuestra Madre en el orden de la gracia”* (CEC 968). María es el modelo de fe, de caridad. Su maternidad en los cristianos es una maternidad en el orden de lo “sobrenatural” ya que opera la gracia y genera la vida divina en el creyente. Así es objeto de fe, como lo es la misma gracia con la que está vinculada. Por eso *“la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora”* (LG 62) (CEC 969). *“La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano”* (MC 56).

María es la primera criatura en la que la fuerza dinámica y transformante de Cristo Resucitado *ha actuado con todo su ímpetu y eficacia, haciendo que en ella también, se operara la gran transformación: es decir, el momento en el que “este cuerpo, sembrado en debilidad, surge en plenitud de vigor y en definitividad de vida”*³³. *“La ascensión de la santísima Virgen constituye una participación singular en la resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos”* (CEC 966). La Iglesia es una comunidad que está llamada a trascenderse a sí misma, en un más allá. Es en esta plenitud de vida garantiza por Dios donde aparece María, Mujer de mujeres, como el icono personal de una Iglesia peregrina que espera la consumación de los tiempos. *“Mirando a María, esperanza realizada y Esposa de las bodas eternas, la Iglesia aprende a ser profecía de la esperanza: se afianza en la certeza de los bienes futuros, se siente estimulada a ponerse en la vigilancia de la espera, afina el sentido de lo efímero y de lo caduco frente a lo que permanece, saborea de antemano el gozo del mañana de Dios en el don acogido y contemplado”*³⁴. A través de María hay realidades que ya han sucedido. El futuro escatológico no es ninguna utopía. Se ha hecho presente en Jesús y en María.

³² Juan Pablo II, *Redemptoris Mater* n.6.

³³ Antonio María Calero, *La Iglesia, Misterio, Comunión y Misión*, CCS, Madrid 2001, p. 475. Cf. La proclamación del dogma de la Asunción por el Papa Pío XII en 1950.

³⁴ Antonio María Calero, *o.c.*, p.490 citando a Bruno Forte en la nota 99.

8. Bibliografía

Bueno de la Fuente Eloy, *Eclesiología*, BAC, Madrid 1993

Calero Antonio María, *Somos Iglesia*; CCS, Madrid 1993

Calero Antonio María, *La Iglesia, Misterio, Comunión y Misión*, CCS, Madrid 2001

Conferencia Episcopal Española, *Reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad*. Testigos del Dios vivo, 1995

H. De Lubac *Meditación sobre la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1966

Pérez Arangüena José Ramón, *La Iglesia. Iniciación a la eclesiología*, Rialp, Madrid 1998

Pié Ninot Salvador, *Introducción a la Eclesiología*, Verbo divino, Estella (Navarra) 1995

Pié Ninot Salvador, *Creer en la Iglesia*, San Pablo, Madrid 2002

Ratzinger Joseph, *Dios y el Mundo*, Círculo de Lectores, Barcelona 2005

Ratzinger Joseph, *Iglesia y modernidad*, Paulinas, Buenos Aires, 1992

REVELACIÓN

1. Introducción

El ser humano en un planteamiento serio y lleno de honestidad, debería de verse avocado en la reflexión sobre el misterio de Dios, e inclusive si ese misterio le viene dado desde fuera. Para nosotros, Dios puede ser conocido por la razón natural, a partir de los datos del mundo, “pero existe un orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la revelación divina” (CEC 50). El hombre vive históricamente en lo sobrenatural, por ello “esta auto-comunicación previa de Dios, dada de antemano a la libertad, no significa sino que el movimiento trascendental del espíritu en el conocimiento y la libertad hacia el misterio absoluto está llevado por Dios mismo en su auto-comunicación, de tal manera que dicho movimiento no tiene su hacia dónde y de dónde en el misterio sagrado como fin eternamente lejano, que en todo momento sólo puede alcanzarse asintóticamente, sino en la cercanía e inmediatez absolutas respecto de Dios”³⁵. Esto nos permite decir que el hombre está dentro del orden de la trascendencia, de lo sobrenatural, dentro de la gracia, por voluntad amorosa de Dios, como don gratuito. Dios se da al hombre revelándose en Jesucristo y nos manifiesta así: “el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina” (DV 2).

2. Dios revela su designio amoroso

“*Hemos visto, oído, tocado el Verbo de la Vida*” (1 Jn 1-4). La revelación se realiza mediante acciones y palabras, mediante las acciones gloriosas y memorables de Dios en la Historia (cf. DV 2). La Palabra (en hebreo *dabar*, logos en griego) de Dios es siempre operativa y dinámica, es creadora, por eso en el principio era La Palabra de Dios: realiza la historia de la salvación desvelando su designio y dándonos a conocer su rostro. “Aquel Logos, aquel sentido creador a partir del cual había surgido el mundo, está presente en la persona de Jesús. Aquella fuerza que creó el mundo entra así personalmente en el mundo y habla con nosotros”³⁶.

El credo de Israel (Dt 26, 5-9) es un credo histórico³⁷, nos narra desde Jacob, descendiente de Abrahán, hasta la entrada en la Tierra prometida. Nuestro Credo Apostólico también posee referencias a la historia, aunque supera la historicidad por su sentido salvífico y revelador. Esto implica un procedimiento y una apertura para entender la historia, para así entender la Revelación, cuyo centro es la persona de Jesucristo. Así la Revelación la encuadramos en el tiempo y en el espacio, en dónde esta revelación engendra credibilidad a través de algunos acontecimientos, como veremos, mostrando que la Historia del hombre es una Historia reveladora. Historia que cuenta con una pedagogía, la pedagogía divina: “Dios se comunica gradualmente al hombre, lo prepara por etapas para acoger la revelación sobrenatural que hace de sí mismo y que culminará en la Persona y la misión del Verbo encarnado, Jesucristo” (CEC 53).

³⁵ Karl Rahner, *Curso fundamental sobre la fe*, Barcelona 1978, p.162.

³⁶ Joseph Ratzinger, *Dios y el mundo*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2005, p.194.

³⁷ G.Von Rad, *Teología del Antiguo Testamento* Vol I, Sígueme, Salamanca 1986, 6ª ed., pp. 147 ss.

3. Etapas de la Revelación

Desde el principio Dios se reveló a los hombres en la creación, pero además abrió “el camino de la salvación sobrenatural, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres” (DV 3; cf CEC 54), invitando a los hombres a una vida de unión con él en donde la gracia divina estará presente. Por ello, Dios, tomando la iniciativa, elige un pueblo, el pueblo de Israel, pactando una alianza, de forma que el designio creador y salvador, ahora unido al de la Revelación, se desarrollarán de forma histórica y progresiva, por etapas, en la historia de Israel, historia del hombre, realizando alianzas. En esta elección se manifiesta el amor de Dios, amor que es “predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama, aunque con el objeto de salvar precisamente de este modo a toda la humanidad”³⁸. Podemos establecer una correlación entre Alianza-Pueblo-Revelación-Salvación, todo ello visto de forma progresiva o por etapas (recordemos la pedagogía divina).

La alianza con Noé: Tras el drama del Edén y sus consecuencias, el libro del Génesis nos narra el relato del diluvio y su personaje central: Noé. Frente a una humanidad pecadora el diluvio tendrá el carácter de purificación, de restitución, de salvación. De hecho, Dios salva un resto que repoblará la tierra comenzando así una nueva humanidad a partir del *Justo*. Noé es bendecido y Dios le anuncia que no enviará un castigo semejante (es importante caer en este dato, es el Dios del perdón, del amor, de la misericordia que busca salvar al hombre). “La alianza con Noé después del diluvio (cf Gn 9,9) expresa el principio de la Economía divina con *las naciones*, es decir, con los hombres agrupados según países, cada uno según su lengua, y según sus clanes (Gn 10, 5; cf 10,20-31)” (CEC 56). Dios hace una alianza, la primera, con el hombre, y muestra de ello es el arco iris -como señal de este pacto-: “*Yo hago un pacto con vosotros y con vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañaron: aves, ganado y fieras; con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra. Hago un pacto con vosotros: el diluvio no volverá a destruir la vida ni habrá otro diluvio que devaste la tierra*” (Gn 9,9-11).

La Alianza con Noé abarca a la humanidad entera e inclusive a la creación. El capítulo 8 de la carta a los romanos nos dice: “*De hecho la humanidad otea impaciente aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios; porque, aun sometida al fracaso (no por su gusto, sino por aquél que la sometió), esta misma humanidad abriga una esperanza: que se verá liberada de la esclavitud a la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios*” (Rom 8,19-21). Si la Torre de Babel planteaba una humanidad dividida y prepotente que rechazaba el proyecto divino desde el endiosamiento y el orgullo (cf CEC 57), Pentecostés y el nacimiento de la Iglesia plantean una humanidad plural unida bajo el signo del amor de la muerte en cruz de Cristo, alianza definitiva y reveladora de Dios. El nacimiento de la Iglesia está unido al proceso revelador de Dios, para que a través de ella Cristo “*reúna en uno a todos los hijos de Dios dispersos*” (Jn 11,52).

La Alianza con Abrahán: Con la vocación de Abrahán (padre de muchos) podemos decir que se inicia el pueblo de Israel. Tras el diluvio la humanidad olvida pronto y como prueba de ello se nos narra el mencionado capítulo de la Torre de Babel o confusión de lenguas³⁹. La humanidad sigue dispersándose, alejándose de Dios, endiosándose, rechazando el proyecto divino. Dios llama, elige a Abrán (después le cambiará su nombre como prueba de nueva condición), para hacer de él un gran pueblo. En Gn 12,2-3 hace una Alianza: “*Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y servirá de bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo*”. Aquí observamos ya el *universalismo mesiánico* de la alianza-promesa, universalismo que recoge la Iglesia en Pentecostés, por eso es católica. San Pablo en la carta a los Gálatas plantea el universalismo de la Iglesia, la

³⁸ Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* 9.

³⁹ Es un relato escrito tras el cautiverio en Babilonia, en donde el pueblo de Israel deja de hablar el hebreo para hablar el arameo. Condena entre otras cosas el endiosamiento, el orgullo y la prepotencia humana.

apertura a los gentiles, fundamentada en la descendencia de la fe, por la cual nos hacemos hijos de Abrahán. “El pueblo nacido de Abrahán será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf Rom 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf Jn 11,52; 10,16)” (CEC 59). La elección del pueblo de Israel no significa que Dios circunscriba la salvación a Israel, como pensaban muchos judíos en tiempos de Jesús, sino que incluye a todas las naciones, pues es deseo de Dios salvar a toda la humanidad. El anuncio a María manifiesta el cumplimiento de esta promesa de carácter universal: “... pues mira, desde ahora me felicitarán todas las generaciones... como lo había prometido a nuestros padres de la misericordia en favor de Abrahán y su descendencia por siempre”. (cf Lc 1,46-56).

La alianza con Moisés: La promesa de Abraham pasará a Isaac y de éste a Jacob. Nacerán las doce tribus de Israel. El período patriarcal termina y comienza el pueblo de Israel de la mano de Moisés junto con la salida de la esclavitud de Egipto. Moisés recibirá la misión de liberar al pueblo de Israel, a los descendientes de Abrahán, de la esclavitud de Egipto. El Dios de la promesa se revela a Moisés como un Dios sensible frente a las injusticias y al clamor de su pueblo: “*He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra...*” (Ex 3,7-8). Moisés guiará al pueblo hacia la Tierra Prometida, a través del desierto del Sinaí, donde vivirán una experiencia decisiva, estableciéndose una Alianza (Ex 19,24). Dios desea ser el “Dios de Israel” para así hacer de Israel “el pueblo de Dios”. “Israel será un pueblo sacerdotal de Dios, el que lleva el Nombre del Señor (Dt 28,10). Es el pueblo de aquellos que Dios llamó primero” (CEC 63). Israel es un pueblo sacerdotal, esto es, mediador entre Dios y la humanidad. Dios ha elegido a Israel como el instrumento o medio para su revelación, para realizar un designio de salvación universal, a través del Mesías. “De este modo fue preparado a través de los siglos el camino del Evangelio” (DV 3).

El profeta Jeremías en 30,23 nos dará el sentido de este pacto: “**Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo**”. “Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf Is 2,2-4) y que será grabada en los corazones (cf Jr 31, 31-34; Hb 10,16)” (CEC 64). Los profetas en Israel denunciarán continuamente las infidelidades del pueblo, como de la esposa al esposo (así nos lo plantea el profeta Oseas desde la relación esposo-esposa). Las consecuencias de esta infidelidad serán desastrosas: ruina de Jerusalén, cautiverio y deportación a Babilonia. A pesar de ello el designio de Dios no queda anulado, de ahí que se anuncie una alianza nueva de la que surgirá el nuevo pueblo: “*Mirad que llegan días -oráculo del señor- en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá: no será como la alianza que hice con sus padres cuando los agarré de la mano para sacarlos de Egipto; la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve -oráculo del Señor-; así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro -oráculo del Señor-: Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo*” (Jr 31, 31-33).

Desde este texto vislumbramos que la Ley es externa al hombre y está grabada en piedra. En la Nueva Alianza la interioridad de la Ley junto con el carácter universalista convocarán a la Iglesia. Esta Alianza Nueva y Eterna la estableció Jesús el Mesías.

Cristo Jesús, mediador y plenitud de toda la revelación: “En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que esta” (CEC 65). Por tanto no hay que esperar otra revelación pública (cf CEC 66 y DV 4). El carácter histórico de la revelación se corresponde con el carácter histórico de la salvación, que alcanza su plenitud en Cristo, “sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos” (CEC 66). Cristo es la etapa final de la revelación (cf Heb 1,1-2), “Él con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino” (DV 4).

4. La Transmisión de la Revelación Divina

4.1. La Tradición Apostólica

Los apóstoles, tras la efusión del Espíritu en Pentecostés, anunciarán el Evangelio con la clara conciencia de ser enviados para proclamar la definitiva Palabra de Dios, revelada y realizada en Jesucristo. Pedro así nos los explica en Hch 2,36: **“Por tanto, entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis”**. Es la “Palabra de Dios” (Hch 4,29, 31), la “Palabra del Señor Jesús” (Hch 8,25) la que ellos predicán sin cesar a gentes de todas las naciones. Ellos, los apóstoles, los responsables y primeros servidores de la Iglesia naciente, son testimonios vivientes de la Palabra que anuncian, que por medio de acciones y palabras, fortalecerán y acrecentarán la Iglesia naciente. La “Palabra crecerá” mediante el anuncio apostólico, de esta forma el Evangelio de Jesús será transmitido oralmente (cf CEC 76).

También el Evangelio será transmitido por escrito: “los mismos apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo” (DV 7) (CEC 76). La conciencia de N.T. es clara en lo que se refiere en situar a Jesús en el mismo plano que se sitúa a Yahvé en el AT. La palabra de Jesús es sagrada como la es la de Yahvé. De igual forma la tradición que manifiestan y expresan los Apóstoles, bien escrita u oral, tendrá carácter de sagrada. La fe y la salvación provienen de escuchar las palabras de los Apóstoles (cf. Rom 10,17). De igual modo la forma escrita de la predicación tendrá también carácter de autoridad: *“Así pues, hermanos, manteneos firmes y ateneos rigurosamente a la tradición que habéis recibido sea de viva voz o por las cartas que os he escrito”* (2 Tes 2, 15; 1 Tim 1, 18; 4, 11). Las cartas de Pablo, los otros escritos del Nuevo Testamento y los escritos del Antiguo Testamento, estarán en la conciencia de la Iglesia primitiva como Sagrada Escritura, como Palabra de Dios revelada a los hombres.

“Para que este Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los Apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, dejándoles su cargo en el magisterio” (DV 7). Esta Transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo es llamada la Tradición en cuanto distinta de la Sagrada Escritura, aunque estrechamente ligada a ella (CEC 78). Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo, es decir, crece la comprensión de las palabras cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (cf Lc 2,19.51). La misma Tradición da a conocer a la Iglesia el canon de los libros sagrados y hace que los comprendan cada vez mejor y los mantenga siempre activos (cf. DV 8). De forma que la Revelación que ha hecho el Padre en el Hijo sigue presente a través del Espíritu Santo, “por quien la voz viva del Evangelio, resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf Col 3,16)” (DV 8).

4.2. La relación entre la Tradición y la Sagrada Escritura

La Tradición es la que viene de los Apóstoles y la recibieron de Jesús. En 2Tim 1, 13-14 leemos: *“Lleva contigo un compendio de la saludable enseñanza que me oíste de la fe y el amor cristiano; guarda el precioso depósito de la fe con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros”*. La primera generación no tenía un Nuevo Testamento aún escrito, lo están conformando, haciendo y al mismo tiempo excluyendo explicaciones y textos erróneos acerca de la doctrina de Jesús transmitida por los Apóstoles. Esto manifiesta una Tradición viva y activa en los primeros cristianos (cf CEC 83) fiel al mensaje de Jesús. Esto no excluye la riqueza de la Iglesia expresada en la liturgia o en el ámbito devocional. “Estas constituyen formas particulares en las que la gran Tradición recibe expresiones adaptadas a los diversos lugares y a las diversas épocas” (CEC 83).

Las Sagradas Escrituras y la Tradición obedecen a un mismo fin y a una misma fuente. “Están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin” (DV 9). Ambas hacen presente el misterio de Cristo. “Las Sagradas Escrituras contienen la Palabra de Dios y, por ser inspiradas, son verdaderamente Palabra de Dios” (DV 24). Pero la Biblia no agota la revelación de Dios en la historia que ha tenido su plenitud en Cristo. La Biblia es la “imagen canónica de la Revelación”⁴⁰. Por ello la Iglesia “no saca exclusivamente de las Escrituras la certeza de todo lo revelado” (DV 9) necesita de la Tradición para poder interpretar en el curso de la historia esas Escrituras, la cual ha de transmitir con el sentir apostólico en el devenir de la historia, ayudando a que esta, la historia, sea un historia más humana, más divina.

4.3. La interpretación del Depósito de la fe

El depósito de la fe, contenido en las Escrituras y en la Tradición “fue confiado por los Apóstoles al conjunto de la Iglesia” (CEC 84). Todos los bautizados al participar en la fe de Cristo reconocemos su presencia en su Palabra escrita, “pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla” (SC 7). A esta escucha atenta de la Palabra los fieles en Cristo aportan “el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos prestan su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres” (LG 12). “Además, el mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, *distribuyendo a cada uno según quiere* (1 Cor 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia” (LG 12).

Esto último cobra especial importancia para nosotros por nuestra tarea en la vida pública como cristianos. Así nos dice Juan Pablo II en su carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente*:

“Con la caída de los grandes sistemas anticristianos del continente europeo, del nazismo primero y después del comunismo, se impone la urgente tarea de ofrecer nuevamente a los hombres y mujeres de Europa el mensaje liberador del Evangelio. Además como afirma la *Encíclica Redemptoris missio*, se repite en el mundo la situación del Areópago de Atenas, donde habló san Pablo. Hoy son muchos los areópagos, y bastante diversos: son los grandes campos de la civilización contemporánea y de la cultura, de la política y de la economía. Cuanto más se aleja Occidente de sus raíces, más se convierte en terreno de misión, en la forma de variados areópagos. El futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las jóvenes generaciones que, nacidas en este siglo, serán maduras en el próximo, el primero del nuevo milenio” (TMA 57-58).

“Así pues, todos los miembros de la Iglesia tienen un papel en la interpretación de las Escrituras”⁴¹, aunque corresponde al Magisterio de la Iglesia, al Papa y a los obispos en comunión con él, “el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita” (DV 10).

El Magisterio, como servidor de la Palabra de Dios, y con la asistencia del Espíritu Santo, explica fielmente el depósito de la fe “y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído” (DV 10). El Magisterio de la Iglesia, al servicio de la Escritura y de la Tradición, están íntimamente unidos de tal forma que “ninguno puede subsistir sin los otros” (DV 10).

⁴⁰ H. Urs Von Balthasar, *Gloria*, Vol I, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, p. 509.

⁴¹ Pontificia Comisión Bíblica, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Edicitre, Roma 1993, p.91. El texto que sigo es el publicado por el Arzobispado de Valencia en 1993. Es el documento más importante después de la Constitución Dei Verbum.

Los sacerdotes, en tanto que colaboradores de los obispos, “tienen como primera obligación la proclamación de la palabra” (PO 4). En ello ayudan a los fieles, con su carisma particular al proclamar y explicar la Palabra de Dios, a comprender y profundizar lo que Dios nos dice a cada uno en lo más íntimo de nosotros mismos. “Así, el conjunto de la Iglesia local, según modelo de Israel, pueblo de Dios (Ex 9,5-6), se convierte en una comunidad que sabe que Dios le habla (cf Jn 6,45). Tales comunidades, que escuchan verdaderamente, se convierten en vigorosos núcleos de evangelización y diálogo, así como de transformación social a condición de estar unidos en la fe y en el amor de la totalidad de la Iglesia”⁴². De tal manera y “gracias a la asistencia del Espíritu Santo, la **inteligencia** tanto de las realidades como de las palabras del depósito de la fe puede crecer en la vida de la Iglesia” (CEC 94):

- Cuando los fieles las contemplan y estudian repasándolas en su corazón (DV 8).
- Es la investigación teológica quien debe profundizar en el conocimiento de la verdad revelada (DV 23).
- Cuando los fieles comprenden internamente los misterios que viven (DV 8).
- Cuando las proclaman los obispos, que con la sucesión apostólica reciben un carisma de la verdad (DV 8).

5. La Sagrada Escritura

5.1. Cristo, palabra única de la Sagrada Escritura

“Muchas veces y de muchas formas habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio del Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien creó el universo. El es reflejo de su gloria, impronta de su ser, y sustenta todo con su palabra poderosa” (Heb 1,1-3a). Cristo es el Logos, la Palabra que hecha carne planta su casa entre nosotros (cf Jn 1,14), es la Sabiduría personificada, la última y definitiva Palabra de Dios a los hombres, Jesús es la plenitud de la revelación. “Admirarse ante el hecho mismo de la comunicación de Dios, completamente lógica y posible en el esquema del Dios personal de la revelación bíblica, es fundamental para acoger su palabra como divina y, por tanto, comunicadora de la vida íntima de Dios”⁴³. Es en las Escrituras dónde el creyente puede sentir la fuerza comunicadora y transformadora del amor de Dios, sentir vivo y personalizado el mensaje del evangelio como si fuera una carta escrita para cada uno de nosotros, como susurros al oído junto al lago de Galilea, como fuego vivo que nos regenera, leído, reflexionado y escuchado en *ekklesía*. Por ello “la Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo” (DV 21).

Para nosotros, que leemos y sentimos en Iglesia la palabra viva de Dios, encontramos en ella “alimento y fuerza” (DV 24), indispensable para nuestra vida, dado que “la vida de la Iglesia se desarrolla por la participación asidua del misterio eucarístico” (DV 26), “*Yo soy el pan de vida*” (Jn 6,35). Es escuchar para *vivir* y comer para *servir*. El profeta Isaías nos dice “*Escuchadme atentos, y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Prestad oídos, venid a mí, escuchadme y viviréis*” (Is 55,2-3a). Dios nos habla con amor a través de su palabra (cf DV 21 y CEC 104), descifrando en nosotros nuestro verdadero proyecto de vida, nuestro lugar en el *vivir* una verdadera existencia que alcanza su mayor sentido en el *servir* a la Iglesia en la cual hemos escuchado la Palabra viviente de Dios. “Se entiende, pues, que el agapé se haya convertido también en un nombre de la

⁴² Pontificia Comisión Bíblica, *o.c.*, p.92.

⁴³ Monseñor César Franco, *Palabra de Dios y vida cristiana*, en *Perspectivas Cristianas para una nueva sociedad*, I^a Jornadas del Departamento de Acción Pastoral Fundación San Pablo Andalucía CEU, Fondo Editorial de la Fundación San Pablo Andalucía CEU, Sevilla 2000, p. 15.

Eucaristía: en ella el agapé de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros. Sólo a partir de este fundamento cristológico-sacramental se puede entender correctamente la enseñanza de Jesús sobre el amor⁴⁴.

5.2. Inspiración y Verdad de la Sagrada Escritura

Dios es el autor de la Sagrada Escritura y “la santa madre Iglesia, fiel a la base de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tiene a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia” (DV 11- CEC 105).

En la tradición occidental se usó el término de Dios como autor de las Sagradas Escrituras dadas las numerosas diatribas teológicas, en especial las dualistas como el gnosticismo, las tesis de Marción y los maniqueístas, que entre otras cosas oponían el Antiguo con el Nuevo Testamento. Los Santos Padres de la época respondieron que el único autor de las Escrituras es Dios. A partir de entonces el término “autor” entró en el ámbito de la Teología y en los documentos del Magisterio como lo hicieron los concilios Florentino, Trento, Vaticano I y Vaticano II.

Sin embargo que Dios sea el autor de las Escrituras no anula la autoría humana, no anula al autor literario. Al inspirar a los hagiógrafos (autores sagrados), en el contexto de su tiempo, de su espacio y de sus condicionantes culturales y personales, Dios se sirve de ellos “obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores” (DV11). La expresión inspiración divina no hemos de entenderla como una especie de dictado en el sentido actual del término. Los Santos Padres emplearon para explicar la complejidad de este hecho diversas analogías: el autor sagrado es como un “instrumento” de Dios, los textos bíblicos son “cartas” o “mensajes” de Dios, o Dios como “autor” como hemos visto. No hemos de olvidar que todas estas analogías pretenden explicar, en definitiva, el proceso por el cual el autor inspirado, dentro de su proceso vital, personal y comunitario, es llevado a escribir, mediante la acción del Espíritu, para la comunidad humana de la cual es deudor y en la cual ha recibido la fe que profesa.

Esto nos lleva nuevamente a hablar del Espíritu de Dios, del poder de Dios en acción con la fuerza creadora y generadora que conlleva. Así habló a los Profetas haciéndoles hablar de Dios, vivificando los huesos resecaos que Ezequiel veía (Ez 37,9), que aliviaba la angustia de Elías (1 Re 19,12), que se manifestó imprevisible, misterioso y soberano -como siempre- en Pentecostés (Hch 2), es el Espíritu que penetra en la historia de los hombres, en la historia de Israel, en la historia de la Iglesia, revelando su rostro en forma de Palabra viva⁴⁵. Y para que las Escrituras “no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas” (CEC 108).

5.3. El Espíritu Santo, intérprete de la Escritura

La Biblia es fruto de un largo proceso y es ella misma a su vez “desde los comienzos, interpretación⁴⁶”. Así Israel interpreta y re-interpreta su historia a la luz de la revelación. De ellos saldrán los diversos libros bíblicos. La experiencia post-pascual será el germen, en lo que nos ocupa, del Nuevo Testamento. Y todo ello está narrado para hombres, escrito por hombres con el lenguaje de sus destinatarios. Así habla Dios a los hombres,

⁴⁴ Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* 14.

⁴⁵ No hemos de interpretar la fe cristiana como una religión del libro (cf CEC 108).

⁴⁶ Pontificia Comisión Bíblica, *o.c.*, p.84.

a la manera de los hombres (cf CEC 109). Nos habla con la belleza, con los géneros literarios, haciendo de la Palabra, del texto escrito, una verdadera obra de arte. Nos habla de la época en la que fueron escritos cada uno de los libros, con la problemática del momento, con el sentir propio del autor. Por ello es necesario, para un buen entendimiento del texto bíblico, la intención del autor y para conocer la intención del autor es necesario estudiar su cultura, su tiempo, su "sitz in lebem", su entorno vital, sus modos de expresión, la comunidad dónde está inserto y para la cual escribe.

"La Sagrada Escritura está en diálogo con las comunidades creyentes, porque ha surgido de sus tradiciones de fe. Sus textos se han desarrollado en relación con esas tradiciones y han contribuido, recíprocamente, a su desarrollo. La interpretación de la Escritura se debe hacer, pues en el seno de la Iglesia en su pluralidad y su unidad, y en la tradición de fe"⁴⁷. De ahí que la Escritura "se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita" (DV 12). Y para desentrañar el hábito con que fue escrito tal o cual texto es necesario, esto es, "para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener muy en cuenta" (DV 12):

* El contenido y la unidad de toda la Escritura. "En efecto, por muy diferentes que sean los libros que la componen, la Escritura es una en razón de la unidad del designio de Dios, del que Cristo es el centro y el corazón, abierto desde su Pascua" (CEC 112).

* La Tradición viva de toda la Iglesia. "Según un adagio de los Padres, *la Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos*. En efecto la Iglesia encierra en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo le da la interpretación espiritual de la Escritura" (CEC 113).

La analogía de la fe. "Por analogía de la fe entendemos la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la Revelación" (CEC 114).

5.3.1 El sentido de la Escritura

El problema del sentido del texto bíblico no es simple dentro del ámbito de la investigación exegética. "La exégesis antigua, que evidentemente no podía tener en consideración las exigencias científicas modernas, atribuía a todo texto de la Escritura diferentes niveles de sentido. La distinción más corriente se establecía entre el **sentido literal y el sentido espiritual**"⁴⁸. El sentido espiritual se subdivide en **sentido alegórico, moral y anagógico**. "La concordancia profunda de los cuatro sentidos asegura toda su riqueza a la lectura viva de la Escritura de la Iglesia" (CEC 115).

- **Sentido literal.** "La primera tarea del intérprete de la Biblia es la de captar el llamado sentido literal del texto y -a partir de él- descubrir toda la doctrina teológica, en él contenida. Para lograrlo debe conocer las lenguas originales de la Biblia (hebreo-araméico-griego) y recurrir a todos los recursos de la filología, de la arqueología y de la ciencia histórica"⁴⁹. No hemos de confundir el sentido literal del texto bíblico con el sentido literalista, de forma que evitemos cualquier fundamentalismo. "De hecho cualquier traducción busca el sentido del texto más que traducir simultáneamente palabra por palabra"⁵⁰. El sentido literal del texto bíblico ha de ir en consonancia con lo que el autor inspirado ha querido decir. El sentido literal "es el sentido significado por las palabras de la Escritura y descubierto por la exégesis que sigue las reglas de la justa interpretación" (CEC

⁴⁷ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., p. 85.

⁴⁸ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., p. 71.

⁴⁹ Enchiridion Biblicum 547-551.

⁵⁰ Cf. Pontificia Comisión Bíblica o.c., p.72.

116), "abierto a desarrollos ulteriores, que se producen gracias a re-lecturas en contextos nuevos"⁵¹, lo cual permite que los textos bíblicos sigan hablando al hombre de hoy al ser portadores del mensaje de vida y, por tanto, válidos para cualquier generación, por ello decimos, entre otras cosas, que el texto bíblico es Palabra Viva del Dios Vivo.

- Sentido espiritual. Que duda cabe que el acontecimiento salvífico de Jesús ilumina toda la Escritura, aportando una luz nueva a los textos del Antiguo Testamento, dándole nuevos sentidos. "Se puede definir el sentido espiritual, comprendido según la fe cristiana, como el sentido expresado por los textos bíblicos, cuando se los lee bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la vida nueva que proviene de él"⁵². El intérprete se empleará en "descubrir el sentido espiritual, de manera que resulte el que Dios realmente ha querido poner allí"⁵³. Las lecturas subjetivas, a veces apasionadas y excesivamente imaginativas no deben confundirse con una verdadera interpretación espiritual y muchos menos cuando están alejadas del ámbito de la investigación hermenéutica y del sentido salvífico de la resurrección de nuestro Señor Jesucristo. El sentido espiritual de los textos bíblicos encuentran su sentido "en las realidades y acontecimientos de que habla pueden ser signos" (CEC117).

- Sentido alegórico: podemos adquirir una comprensión más profunda de los acontecimientos reconociendo su significación en Cristo; así el paso del mar Rojo es un signo de la victoria de Cristo y por ello del Bautismo.

- Sentido moral: los acontecimientos narrados en la Escritura pueden conducirnos a un obrar justo. Fueron escritos "para nuestra instrucción" (1 Cor 10,11).

- Sentido anagógico: podemos ver realidades y acontecimientos en su significación eterna, que nos conduce (en griego "anagoge") hacia nuestra Patria. Así, la Iglesia en la tierra es signo de la Jerusalén Celeste.

CEC 117

Uno de los aspectos a destacar en el sentido espiritual del texto es el tipológico "del cual se dice habitualmente que pertenece, no a la Escritura misma, sino a las realidades expresadas por la Escritura: Adán es figura de Cristo (Rm 5,14), el diluvio figura del bautismo (1 Pe 3,20-21)"⁵⁴. En este sentido las realidades del Antiguo Testamento, prefiguran realidades del Nuevo Testamento. En el fondo es una re-lectura cristiana de los textos veterotestamentarios.

- Hacia el sentido pleno (sensus plenior). "El sentido pleno se define como un sentido profundo del texto, querido por Dios, pero no claramente expresado por el autor humano. Se descubre la existencia de este sentido en un texto bíblico, cuando se lo estudia a la luz de otros textos bíblicos que lo utilizan, o en su relación con el desarrollo interno de la revelación... es otro modo de designar el sentido espiritual de un texto bíblico, en el caso en que el sentido espiritual se distingue del sentido literal"⁵⁵. Por ello muchas de las enseñanzas de los textos bíblicos, evidente para sus autores y para las comunidades destinatarias, no eran del todo explicitadas o sistematizadas en forma de tratados teológicos. Esto explica la necesidad del Magisterio y su pronunciamiento, si fuese necesario, para aclarar y definir, por ejemplo, el misterio trinitario de Dios, evitando así interpretaciones, confusas, carentes de validez y ajenas a la Revelación. En este sentido, la autoridad que tiene de Cristo el Magisterio eclesial queda ejercida cuando define **dogmas**, es decir, "cuando propone de una forma que obliga al pueblo cristiano a una adhesión irrevocable de fe, verdades contenidas

⁵¹ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., p.76.

⁵² Pontificia Comisión Bíblica o.c., 75

⁵³ Enchiridion Biblicum 552-554.

⁵⁴ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., p. 77.

⁵⁵ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., p. 77.

en la Revelación divina o verdades que tiene con ellas un vínculo necesario” (CEC 88).

Como hemos dicho anteriormente, “la Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita; por tanto para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. A los exegetas toca aplicar estas normas en su trabajo para ir penetrando y exponiendo el sentido de la Sagrada Escritura, de modo que con dicho estudio pueda madurar la Iglesia” (DV 12).

5.4 El Canon de las Escrituras

La Biblia, que es para nosotros Palabra Viva del Dios Vivo, se nos presenta como una realidad unitaria desde la fe aunque literariamente se nos presentan libros de diversos autores, escritos en diferentes lugares y con diversas intenciones teológicas. El Libro de los libros es a su vez el conjunto de libros (esto es Biblia). Filosóficamente diríamos que dentro de la multiplicidad (pluralidad de libros, de autores, de intenciones teológicas) encontramos la unidad (La Palabra de Dios).

En el A.T encontramos la palabra canon, en hebreo *hâfnq*, y viene a significar “caña de medir” en sentido figurado, así lo encontramos en Ez 40,3. En el N.T, en griego *kanwn*, encontramos el sentido de norma, principio, regla (Flp 3,16; 2 Cor 10, 13.15). Por tanto, canon es la lista de libros inspirados por Dios y que sirve de norma para la vida de los creyentes, que lo aceptan como Palabra de Dios. “La Tradición apostólica hizo discernir a la Iglesia qué escritos constituyen la lista de los Libros Santos. Esta lista integral es llamada Canon de las Escrituras. Comprende para el Antiguo Testamento 46 escritos (45 si se cuentan Jr y Lm como uno sólo), y 27 para el Nuevo” (CEC 120). Tenemos así un total de 73 escritos. Estos libros, que detallaremos a continuación, forman para nosotros el Canon⁵⁶.

Libros del Antiguo Testamento:

Pentateuco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio.

Libros Históricos: Josué, Jueces, 1 Samuel, 2 Samuel, 1 Reyes, 2 Reyes, 1 Crónicas, 2 Crónicas, Esdras, Nehemías, 1 Macabeos, 2 Macabeos.

Narraciones: Rut, Tobías, Judit, Ester.

Libros proféticos: Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías, Daniel, Baruc.

Libros poéticos: Salmos, Cantar de los Cantares, Lamentaciones.

Libros sapienciales: Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico, Sabiduría.

Libros del Nuevo Testamento:

Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas, Juan.

Hechos de los Apóstoles

Cartas: Romanos, 1 Corintios, 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 Tesalonicenses, 2 Tesalonicenses, 1 Timoteo, 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1 Pedro, 2 Pedro, 1 Juan, 2 Juan, 3 Juan, Judas, Apocalipsis

⁵⁶ Para más detalles sobre la formación del canon cf Valerio Mannucci, *La Biblia como palabra de Dios*, Introducción general a la Sagrada Escritura, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1985, pp 187-213.

5.4.1. Antiguo Testamento

Los protestantes, al seguir el canon judío (los cuales lo excluyeron, entre otras razones por estar escritos en griego en parte o en su totalidad y/o escritos fuera de Palestina), considerarán apócrifos los siguientes libros: algunas secciones del libro de Daniel (3, 24-90; 13-14) y del libro de Ester (10, 4-16,24), Tobías, Judit, 1 Macabeos, 2 Macabeos, Baruc, Eclesiástico y Sabiduría. Son los libros deutero-canónicos. Se les llama deutero (segundo) porque se incorporaron al canon en un segundo momento, después de los proto-canónicos (proto-primeros) que formaron parte del canon desde el primer momento.

La Iglesia Católica nunca aceptó el argumento de la invalidez del libro por estar escrito en griego koiné, la lengua de Alejandro Magno. Es más, en 1947 un grupo de arqueólogos descubrieron en las cuevas de Qunrám⁵⁷, un hallazgo importante para el campo de la exégesis bíblica, dado que se hallaron, entre otros documentos y en lo que respecta a nosotros, copias de Judit, Eclesiástico, 1 Macabeos y Baruc, escritos en hebreo (lo cual nos indica que fueron copiados de otro texto en hebreo, la lengua sagrada para los judíos). El libro de Tobías se encontró escrito en arameo. Sólo Sabiduría (escrito en Alejandría sobre el año 50 a. C, con toda probabilidad por judíos helenistas) y 2 de Macabeo fueron redactados en griego koiné, en la misma lengua del Nuevo Testamento.

Hemos de decir que si anulamos estos 7 libros, quitamos los últimos 300 años antes del nacimiento de Jesucristo, quitamos un eslabón histórico y teológico de capital importancia. Toda la época helenística quedaría casi vacía. Dicho de otra forma, silenciarnos la Revelación durante 300 años aproximadamente. Podemos observar en esta breve disertación-discusión sobre los libros deutero-canónicos, cómo la Tradición de la Iglesia, Tradición que recibe de los Apóstoles y estos de Jesús, una vez más, fiel a sí misma y al Dios que nos la encomendó, no yerra en lo que considera como revelado y querido por Dios. "Lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios; así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, **conserva y transmite** a todas las edades lo que es y lo que cree" (DV 8).

Pero no fue Lutero el único que sospechó del Antiguo Testamento. Marción, gran conocedor de las Escrituras del s.II, extremó la tensión entre la Ley y el Evangelio de Cristo, y concluyó que la revelación de las Escrituras (AT) era incompatible con Jesús. San Ireneo⁵⁸ (125-203) en su libro *Adversus haereses* corregirá a Marción. "La Iglesia siempre ha rechazado vigorosamente la idea de prescindir del Antiguo Testamento so pretexto de que el Nuevo lo habría hecho caduco (marcionismo)" (CEC 123). Para nosotros "el fin principal de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, redentor universal, y de su reino mesiánico, anunciarla proféticamente... Estos libros aunque contiene elementos imperfectos y pasajeros (*se refiere al Antiguo Testamento*), nos enseñan la pedagogía divina. Por eso los cristianos deben recibirlos con devoción, porque expresan un vivo sentido de Dios, contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación" (DV 15).

⁵⁷ La bibliografía al respecto es abundantísima, recomendamos la que ofrece la revista *Reseña Bíblica* n° 19, Verbo Divino, Estella, Navarra, 1998. Baste decir que era una comunidad de judíos, probablemente relacionados con la clase sacerdotal del templo de Jerusalén, al menos en su fase inicial, que se apartaron del judaísmo oficial rabínico de Jerusalén. Esta ruptura ocurre en la época helenística, siglo II a.C. Se marcharon al desierto y se establecieron cerca del Mar Muerto. Aproximadamente antes del año 70 desaparecerán. Los documentos que nos ofrece Qunrám son importantes porque son un testimonio cultural, literario, religioso y social de la época que rodeó el nacimiento de la Iglesia y sus escritos. En última instancia vienen a confirmar, a través de los documentos encontrados, lo que ya desde la Tradición y las Escrituras creíamos y leíamos.

⁵⁸ El estudio de los Santos Padres, es de una utilidad imprescindible y de una riqueza impresionante. La DV 23 así lo considera "...por eso fomenta el estudio de los Padres de la Iglesia, orientales y occidentales".

5.4.2. El Nuevo Testamento

Los escritores cristianos y en especial los autores del Nuevo Testamento, tuvieron que precisar las relaciones que unían a aquel Dios llamado Padre con Jesús designado como Hijo suyo y con el Espíritu enviado a los creyentes. Tuvimos que dar razones de nuestra fe, de nuestros himnos litúrgicos, de nuestras alabanzas a Dios Padre por Jesucristo su Hijo en el Espíritu Santo. Y al mismo tiempo clarificar que no era un Dios distinto del Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, porque también teníamos que precisar las relaciones que teníamos que mantener con el AT. “La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito”⁵⁹.

Así los escritos del Nuevo Testamento nacerán en el seno de las tradiciones de las iglesias, a la luz de la predicación apostólica y bajo la acción del Espíritu Santo, en un proceso de formación similar al del A.T., teniendo desde el principio las primitivas comunidades cristianas, una clara conciencia de que estos *nuevos escritos*, que se incorporan al resto de las Escrituras (A.T) con la misma validez, son a su vez el **cumplimiento** de las mismas. Así en 2 de Pedro 3, 16 leemos que las cartas de San Pablo tienen la misma autoridad que las demás Escrituras, sin olvidar en ningún momento, que el nuevo género literario, el grupo de los cuatro escritos llamados Evangelios, se impuso entre todos como el corazón y médula de las Escrituras, al ser el cumplimiento de un “*secreto callado por incontables siglos, pero manifestado ahora y por disposición de Dios eterno*” (Rom 16,26), por ser “el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro salvador” (DV18).

La Iglesia siempre tuvo conciencia de la apostolicidad de los escritos admitidos, como factor para su discernimiento y aceptación, junto con la Tradición. “El criterio de apostolicidad implicaba el origen apostólico de los documentos, autoridad apostólica de su entrega a las Iglesias, fidelidad de su contenido a la doctrina de los apóstoles”⁶⁰, su cercanía a ellos. “La Iglesia siempre y en todas partes ha mantenido y mantiene que los cuatro evangelios son de origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Jesucristo, después ellos mismos con otros de su generación lo escribieron por inspiración del Espíritu Santo y nos lo entregaron como fundamento de la fe” (DV 18). Así los nuevos escritos se incorporan a las Escrituras de Israel, el Pueblo de la Alianza, pero con un matiz especial: los Nuevos Escritos, estos es, los libros del Nuevo Testamento serán vividos, confesados y predicados por la Iglesia desde sus comienzos, bajo la acción del Espíritu Santo como “la verdad definitiva de la Revelación divina. Su objeto central es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, sus obras, sus enseñanzas, su pasión y su glorificación” (DV 20).

En la formación de los evangelios, corazón de las Escrituras, hemos de distinguir tres etapas (cf.CEC 126):

1.- La vida y la Enseñanza de Jesús. Evangelio significa, como sabemos, Buena Noticia. Y la buena noticia es que Dios se ha hecho hombre, entrando en la historia humana de manera personal y directa, “el hombre que Dios acreditó ante vosotros, realizando por su medio los milagros, signos y prodigios que conocéis. Conforme al plan previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron, y vosotros, por mano de los paganos, lo matasteis en una cruz. Pero Dios lo resucitó rompiendo las ataduras de la muerte” (Hch 2,22b-24). Por ello “la Iglesia ha defendido siempre y en todas partes, con firmeza y máxima constancia, que los cuatro evangelios, cuya historicidad afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la eterna salvación de los mismos hasta el día de la ascensión (DV 19).

⁵⁹ Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* 12.

⁶⁰ VVAA., *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, Paulinas, Madrid 1990, p. 520.

2.- *La tradición oral.* "Los Apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad" (DV 19).

3.- *Los evangelios escritos.* "Los autores sagrados compusieron los cuatro evangelios escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando el estilo de la proclamación: así nos transmitieron siempre datos auténticos y genuinos acerca de Jesús" (DV 19).

Los evangelios nos ofrecen la Vida de Jesús, desde la experiencia post-pascual, desde la experiencia del Espíritu, pero el Evangelio es algo más, debe de serlo, porque han de ser nuestra vida, la experiencia que también hemos de vivir cada uno de nosotros en el seno de la madre Iglesia. Ser cristiano es vivir el Evangelio en la comunidad eclesial, en la vida pública, en el mundo que nos ha tocado vivir pues "es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual" (DV 21).

5.4.3. La unidad del Antiguo y del Nuevo Testamento

Gracias a la tipología, de la cual hemos hablado, "la Iglesia, ya en los tiempos apostólicos, y después constantemente en su Tradición, esclareció la unidad del plan divino en los dos Testamentos" (CEC 128). A lo largo de los siglos la Iglesia ha sostenido, no sin gran esfuerzo frente a sus detractores, no sólo el canon actual de las Escrituras, sino la unidad del texto bíblico como lo conocemos hoy y en lo que de relación existe entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Será el concilio de Trento en solemne definición el que se pronuncie sobre esta cuestión, aunque ya el Magisterio anteriormente lo había hecho, en lo que se refiere al Canon y, por tanto, a la aceptación como parte de las Escrituras del Antiguo Testamento, al ser leído desde la luz de Cristo muerto y resucitado. Así el Magisterio se pronunció sobre el Canon en el Concilio de Roma (382), Concilio de Cártago (397), Carta del Papa Inocencio I a Eusebio, obispo de Tolosa (405), Concilio de Florencia (1441) (cf DZ 84, 397, 96).

"El Nuevo Testamento testimonia su veneración por esos textos sagrados, que él recibe como una preciosa herencia transmitida por el pueblo judío. Lo considera *Sagradas Escrituras* (Rom 1,2), *inspiradas* por el Espíritu de Dios (2 Tim 3,16; cf 2 Pe 1,20-21), *que no pueden ser abolidas* (Jn 10,35)"⁶¹. El Nuevo Testamento está lleno de citas del Antiguo Testamento, es más, da su cumplimiento. Así se nos dice con frecuencia en el NT *según las Escrituras*. Por ello, a raíz del acontecimiento de Cristo, el entendimiento de los textos veterotestamentarios cobran una nueva luz, así los Salmos, los textos proféticos o los oráculos mesiánicos. Los títulos cristológicos de Jesús, Hijo de Dios, Mesías, el Hijo del Hombre, el que ha de venir..., atestiguan claramente que los redactores del Nuevo Testamento encontraron en el Antiguo Testamento el germen de las nuevas Escrituras. Ellas hablaban de él presentando ahora una plenitud de sentido.

El acontecimiento salvífico de Jesús supone el cumplimiento de las Escrituras pero al mismo tiempo supone un momento de ruptura con ellas, una superación del Antiguo Testamento, no en el sentido de su anulación como proponía Marción, esto en ningún caso, sino en lo que supone de novedad y de plenitud entre lo viejo y lo nuevo. El Antiguo Testamento queda relativizado como institución salvífica. "Pablo y el autor de la Carta a los Hebreos demuestran que la Torah, como revelación, anuncia ella misma su propio fin como sistema legislativo (Ga 2,15-5,1; rm 3,20-21; 6, 14; Heb 7, 11-19; 10,8-9)"⁶². De hecho el bautizado no ha de

⁶¹ Pontificia Comisión Bíblica, *o.c.*, p. 87.

⁶² Pontificia Comisión Bíblica, *o.c.*, p. 83.

circuncidarse, aunque esto no excluye la necesidad de nutrirnos del Antiguo Testamento pues “el Nuevo Testamento exige ser leído también a la luz del Antiguo” (CEC 129), para así descubrir la plenitud del misterio de Dios.

Como nos dice Benedicto XVI en su primera encíclica: “La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del Libro del Deuteronomio que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: « Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas » (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: « Amarás a tu prójimo como a ti mismo » (19, 18; cf. Mc 12, 29- 31)”⁶³.

5.5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

“La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios; y en la palabra de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo. Por tanto, toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura” (DV 21). Es el sustento y el vigor de la Iglesia, alimento indispensable para la vida del creyente. De ahí su importancia para toda la pastoral, para la instrucción del cristiano “y en puesto privilegiado, la homilía, recibe de la palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad” (DV24).

“Los exegetas católicos y los demás teólogos han de trabajar en común esfuerzo y bajo la vigilancia del Magisterio para investigar con los medios oportunos la Escritura y explicarla” (DV 23). De ahí el esfuerzo de la Teología por actualizar el mensaje bíblico al hombre de hoy. Esto explica la necesidad de la inculturación. “El fundamento teológico de la inculturación es la convicción de fe, que la Palabra de Dios trasciende las culturas en las cuales se expresa, y tiene la capacidad de propagarse en otras culturas, de modo que pueda llegar a todas las personas humanas en el contexto cultural donde viven. Esta convicción emana de la Biblia misma que desde el libro del Génesis toma una orientación universal”⁶⁴.

La tradición judía leía y lee en sus sinagogas las Escrituras (nuestro Antiguo Testamento). De igual modo, aunque con diferencias, la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, desde sus orígenes leyó en su liturgia, rica en himnos y alabanzas, la totalidad de las Escrituras. Y esto porque las Escrituras son consideradas como una realidad litúrgica y profética, es proclamación de la Palabra de Dios y no lectura de un libro. Y es precisamente en la liturgia sacramental, de la cual la eucaristía es su culmen, donde los textos bíblicos, la Palabra de Dios, se actualiza en los creyentes ya que “está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla” (SC 7). Además la Iglesia recomienda “leer y estudiar asiduamente la Escritura *pues desconocer las Escrituras es desconocer a Jesucristo*” (cita de S. Jerónimo en DV 25).

Esto nos lleva a que un católico para su vida propia, para su desarrollo en la fe, para su vida pública, además de estar formado en los saberes y disciplinas académicas de actualidad, ha de tener un estudio y conocimiento de los textos bíblicos, pues ellos iluminarán los demás saberes. “*Escudriñad las Escrituras pues ellas hablan de mí*” nos dice el mismo Jesús en el evangelio. La Biblia no encuentra su fuerza en su razón de ser Libro, sino en la fuerza vivificante del Espíritu Santo que testimonia el acontecimiento de Cristo. Una antigua práctica de la Iglesia era la *La Lectio divina*. Es una lectura, individual o comunitaria, de un pasaje más o

⁶³ Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* 1.

⁶⁴ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., pp. 112-113

menos largo de la Escritura, acogida como Palabra de Dios, y que se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación”⁶⁵. Con ello se pretende recuperar la Sagrada Escritura como elemento de fecundidad para la comunidad de creyentes, favoreciendo así una mayor y mejor comprensión de la liturgia y una mayor y mejor profundización en la necesaria vida de oración y acción de todo laico en la vida pública. “Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (DV 25).

6. La respuesta del hombre a Dios

“A través de él hemos recibido el don de ser apóstol, para que en todos los pueblos haya una respuesta de fe en honor de su nombre” (Rom 1,5). Dios busca al hombre, sale a su encuentro, movido por el amor, “hablándole a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía” (DV 2). La fe es la respuesta a Dios, la respuesta a un “tú” personal al cual podemos llegar desde nuestra apertura existencial, y que a su vez se siente llamado, antes de iniciar su búsqueda. El Dios revelado busca personalmente a cada hombre. Es este hombre concreto que en su respuesta ha de hacer una opción que comprometa toda su vida, como hizo Abrahán, padre de los creyentes. La fe de Abrahán es elogiada en todo el N.T.: “Por la fe, Abrahán obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba” (Heb 11,8). El relato del sacrificio de Isaac, Gen 22, donde los autores del N.T. y la patrística vieron el sacrificio redentor de Jesús, expresa la heroicidad de Abrahán. Todo el relato de Abrahán gira en torno a la promesa de Isaac, promesa que realiza Dios. Ahora y tras un largo proceso (esterilidad de Sara), Dios le pide el fruto de la promesa: Isaac. Abrahán no duda en obedecer y en ofrecer el sacrificio. El lector queda avisado de que es una prueba. Tras el relato se esconden diversos elementos, entre otros la crítica a los sacrificios humanos practicado por los pueblos circundantes. Abrahán, héroe de la fe, se convierte en “padre de todos los creyentes” (Rom 4,11).

La fe implica un conocer aquello en lo que creo, implica conocer al Dios que me llama, no desde el puro entendimiento como si de un problema matemático se tratara, sino desde la respuesta integral de mi ser al misterio que se me presenta en mi vida, al exceso de luz que me interpela desde el Espíritu. Por ello la “Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el Ángel Gabriel, creyendo que “nada es imposible para Dios” (CEC 148).

La fe como adhesión personal a Dios y a la verdad que él ha revelado es distinta de la fe en una persona humana (cf. CEC 150). **Nuestra fe es trinitaria.** Es un Dios que actúa en favor de los hombres. “Para el cristiano creer en Dios es creer en Aquel que él ha enviado, “su hijo amado, en quien ha puesto toda su complacencia” (CEC 151). Es creer en el Espíritu que revela a los hombres quién es Jesús. “La Iglesia no cesa de confesar su fe en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo” (CEC 152) de hecho esa es nuestra confesión de fe bautismal (cf. CEC 232).

⁶⁵ Pontificia Comisión Bíblica, o.c., p. 114. Recientemente se ha publicado en dos volúmenes la colección *Lectio Divina*, en la editorial Verbo Divino.

6.1. Algunas características de la fe

Toda la tradición cristiana afirma que Dios ha creado al hombre libre para llevarlo a la condición divino-humana mediante la acción redentora de Jesús. Ello implica una respuesta desde nuestra libertad a Dios, sin olvidar que:

* La fe es una gracia necesaria para dar respuesta al Dios que nos llama que “junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad” (DV 5). “La gracia designa ante todo una relación, un encuentro, una ruptura de compartimentos estancos en los que lo divino y lo humano subsistirían comunicados, una subversión de la pirámide ontológica tal y como la pensaron los griegos, según la cual el hombre está abajo y Dios está arriba, de forma que ni aquél puede subir donde éste ni éste puede bajar donde aquél. Gracia significa que Dios se ha abajado; ha condescendido con el hombre; que el hombre se ha trascendido hacia Dios; que, por consiguiente, la frontera entre lo divino y lo humano no es impenetrable, sino que se ha tornado permeable”⁶⁶.

* La fe es un acto humano. No repugna a la inteligencia la fe ni la adhesión a Dios, es más, es nuestra propia esencia. El ser humano es un ser abierto y esto no es una necesidad psicológica, es una realidad ontológica. El ser humano está capacitado para relacionarse con Dios desde su propia libertad. “En la fe, la inteligencia y la voluntad humana cooperan con la gracia divina” (CEC 155).

* La fe y la inteligencia. Revelación y razón en ningún caso son opuestas. Diríamos que se iluminan recíprocamente. “Para nosotros la fe es más cierta que el conocimiento humano en tanto que es la Palabra misma de Dios, que no puede mentir” (CEC 157). Pero la fe también busca comprender aquello en lo que cree, busca conocer a aquel en quien confiamos. Los datos de la revelación pueden ser comprendidos desde la razón; nuestra fe es creíble y hemos de dar razones de ella. No ha de existir conflicto entre ambas, entre fe y razón, entre fe y ciencia. Ahora, bien, “para que la inteligencia de la Revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones (DV 5).

* La fe comienzo de la vida eterna. La fe en cierta medida es un adelanto de aquello por venir, “entonces veremos cara a cara” (1 Cor 13,12). “La fe en la resurrección y en la vida eterna va íntimamente unida a la verdadera fe en Dios. Proclamar de nuevo nuestra fe pascual en que nuestras vidas, junto con la creación entera, “libre ya del pecado y de la muerte”, serán definitivamente asumidas en la vida de Dios es alabar y reconocer de verdad al Señor del cielo y de la tierra”⁶⁷.

⁶⁶ J.L. Ruíz de la Peña, *El don de Dios, antropología teológica especial*, Sal Terrae, Bilbao 1991, p. 338.

⁶⁷ Comisión Episcopal para la Doctrina de la fe, *Esperamos la resurrección y la vida eterna*, Madrid 26 de noviembre de 1995, n.2

7. Resumen de la Dei Verbum

Dios ha deseado darse a conocer y comunicarse a los hombres (nº 2,3,4)

Es lo que conocemos como "Revelación". Los gestos y palabras en la Historia, Historia salvífica, revelan a Dios que alcanza su plenitud en Jesucristo. Dios muestra así desde el amor de Jesucristo su deseo de salvar a toda la humanidad.

El don de la fe nos permite conocer y acoger a Dios (nº 5, 6)

La fe, como acto libre, implica un fiarse de Dios. Para dar respuesta a la fe es necesaria la gracia de Dios. Es el Espíritu de la Verdad quien nos acerca, perfeccionándonos, a la fe para aceptarla y vivirla. Así el hombre se hace partícipe de los bienes divinos que superan totalmente la inteligencia humana.

La transmisión apostólica garantiza de fidelidad (nº 7)

La transmisión es el proceso por el cual los contenidos de la Revelación se transfieren de una generación a otra. Los Apóstoles nombraron como sucesores a los Obispos para que así la Revelación se conservara íntegra y fuera transmitida a todas las generaciones. La Tradición y la Escritura *son el espejo en el que la Iglesia peregrina contempla Dios.*

Tradición y Escritura (nº 8, 9)

La Tradición tiene su origen en la predicación apostólica y esta en Jesús. Esta tradición está presente en el seno de la Iglesia que a través de la presencia del Espíritu acompaña y guía la Iglesia en medio de la Historia. Así Tradición y Escritura están íntimamente unidas pues ambas constituyen el mismo depósito de la Revelación, *manan de la misma fuente y corren hacia un mismo fin.*

El Magisterio de la Iglesia al servicio de la Palabra de Dios (nº 10)

Mediante la acción del Espíritu Santo, el Magisterio Vivo de la Iglesia tiene el oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, la cual lo ejercita en nombre de Jesucristo. Esto posibilita que la Palabra de Dios sea conservada y transmitida con fidelidad.

La Biblia: libros inspirados por Dios (nº 11, 12, 13)

Los libros de la Biblia han sido inspirados por el Espíritu Santo y tiene a Dios como autor, el cual revela su Plan salvífico a los hombres. Esto no anula la autoría del hagiógrafo. A este complejo proceso lo conocemos como "inspiración", por ello la Escritura carece de error en lo que Dios ha querido escribir para nuestra salvación. Para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener en cuenta la unidad de la Escritura, la Tradición de la Iglesia y la analogía de la fe.

La Historia de la salvación comienza en el Antiguo Testamento (nº 14, 15, 16)

Dios escoge al pueblo de Israel para preparar la salvación de toda la humanidad. El fin principal de la economía de la antigua Alianza era preparar la venida de Cristo. *Por ello en el Nuevo Testamento está latente*

en el Antiguo Testamento, y el Antiguo Testamento está patente en el Nuevo Testamento (cita de S. Agustín en DV 16). En el A.T. se encuentran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación.

El N.T. culmen del misterio de Cristo. Los Evangelios su centro (nº 17, 18, 19, 20)

En el N.T. se encuentra de forma privilegiada la revelación de Dios encarnada. Los evangelios son el testimonio principal de la vida y doctrina de nuestro Salvador y tienen su origen en los Apóstoles, que tras cumplir el mandato del anuncio, por medio del Espíritu Santo, los ponen por escrito ellos mismos con otros de su generación adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias y conservando siempre datos genuinos y auténticos acerca de Jesús.

En las Escrituras Dios sale al encuentro amoroso de sus Hijos (nº 21)

La Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con la Eucaristía. La liturgia así lo manifiesta. La Iglesia encuentra en la Palabra la fuente principal de la predicación, su alimento y junto con la Tradición suponen la norma suprema de fe. **La escucha atenta de la Palabra, la necesidad de su lectura. El silencio de la oración** (nº 22, 23, 24, 25)

La traducción de los textos sagrados tiene su razón de ser para estar disponible y accesible a todos los hombres. La exégesis bíblica ha de trabajar bajo la vigilancia del Magisterio para ofrecer al Pueblo de Dios el alimento del entendimiento de la Palabra. El estudio, lectura y reflexión (desde la oración) de la Palabra, es recomendable para todos, en especial para los ministros de la Palabra.

8. Bibliografía

Indispensable:

Dei Verbum, constitución dogmática sobre la revelación divina, del Concilio vaticano II, 1965.

Catecismo de la Iglesia Católica 50-141

Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Edicitre, Roma 1993.

Para profundizar:

AA.VV., *LA Palabra de Dios en lenguaje humano*, UPS, Salamanca 1994.

A. M. Artola - J. M. Sánchez Caro, *Biblia y Palabra de Dios (Introducción al estudio de la Biblia 2)*, Verbo Divino, Estella 1989.

Valerio Mannucci, *La Biblia como palabra de Dios*, Introducción general a la Sagrada Escritura, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1985.

K. Rahner, *Curso fundamental de la fe*, Herder, Barcelona 1984

J. Ratzinger, *Teoría de los principios teológicos*, Herder, Barcelona 1985.